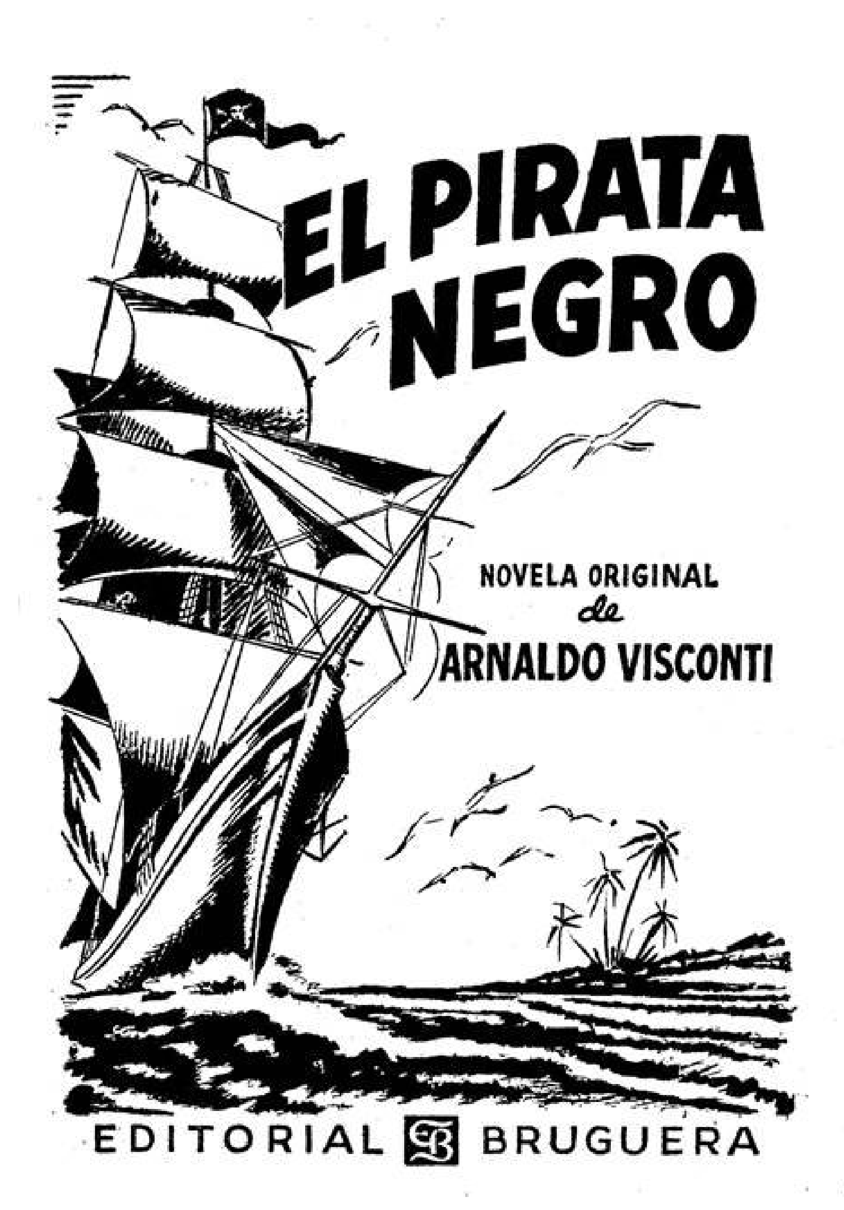

EL PIRATA NEGRO
CONTIEN
UN
PROVENSAL
3
PTAS
LA CARABELA DE LA MUERTE


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

LA CARABELA DE LA MUERTE

Colección El Pirata Negro n.° 05

Primera edición
Mayo - 1946

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA - Mora de Ebro, 92 y 94 - BARCELONA


La CARABELA de la MUERTE

PRÓLOGO

A corta distancia de las inhóspitas y desiertas costas del bajo Veracruz hallábase anclado el velero “Aquilón” en cuya cubierta medio centenar de piratas iban uno tras otro tendiendo su escudilla para recibir en ella el cazo de ron que el cocinero les repartía.

Y cada uno de los piratas complementaba su desayuno pinchando la ración de tasajo con el cuchillo mientras el cocinero, servido el ron, echaba dentro de la escudilla un puñado de galleta seca.

Soñolientos aún, los piratas masticaban con los ojos semicerrados y el tibio amanecer contribuía a mantenerlos adormilados.

Sentados en los blandos hacinamientos de las velas arriadas, les resultaba grato desmadejar los miembros y crearse la ilusión de que seguían durmiendo, mientras por sus gargantas el ron destilaba calorcillo y el único ruido que se percibía era el blando lametón de la marejadilla chocando contra el Casco anclado y mezclándose su leve chasquido con la pastosa sinfonía grosera de los dientes masticando.

Pero en el torpor y lasitud de los piratas pareció obrar como un repentino latigazo o un enérgico revulsivo los cuatro silbidos cortos lanzados estridentemente desde lo alto del castillete de proa.

Con su característico andar felino y silencioso, el Pirata Negro acababa de encaramarse a lo alto del castillete de proa y sus labios habían modulado los silbidos con los que les anunciaba que quería hablarles.

Todos al unísono tensaron sus músculos para, puestos en pie rápidamente, tratar de llegar los primeros a la base del castillete y así poder escuchar más de cerca la voz del que era para todos, más

que un hombre y un jefe, un semidiós de privilegiada inteligencia que sabía conducirles a bellas empresas arriesgadas, recompensadas con fructífera largueza.

Carlos Lezama, el Pirata Negro, tenía las tres cualidades del jefe nato: sabía hacerse respetar voluntaria y ciegamente, sin servilismo, sus justicieros castigos eran soportados sin rencor y sus palabras eran indiscutibles artículos de ley para los que bajo su mandato acataban cuanto ordenaba, prestos a morir por la sonrisa de burlón afecto con la que siempre les hablaba.

—Buenas mañanas, bellacos—saludó alegremente el Pirata Negro—. Ya el ron ha sacudido en parte vuestra modorra lavando vuestro estómago, que es lo único que os laváis. Luce el sol de un nuevo día y han transcurrido dos desde que arribamos por esos andurriales. Cien leguas a babor están las frescas tabernas de Veracruz. Vinazo peleón del que tanto gustáis y aterciopelados ojos que saben mentir amores... Eso es Veracruz para vosotros, que sois ricachones desde que premié con holgura vuestra vencedora lucha en el Islote de los Cuervos[1], y una atroz comezón cosquillea en vuestras palmas horadadas, afanosos que estáis de convertiros de nuevo en pobretones.

El Pirata Negro apoyó sus dos manos en el pasamanos del castillete mirando sonriente los rostros apiñados que desde abajo le escuchaban con la máxima atención.

—Iréis a Veracruz por tandas de a diez y en turnos de cinco días con sus noches enteras. Mi segundo, el guapetón “Cien Chirlos”, cuidará de mi velero y de vuestra conducta a bordo. En tierra, allá cada cual con sus bolsas y sus vidas. Pero necio será para siempre en mi recuerdo el necio que muera en necia pendencia tabernaria. Yo quiero que mis hombres si han de morir lo hagan en combate de machos y no en riñas de malos bebedores. Quedáis, pues, avisados que ojos de mujer asalariada y vino de taberna son vuestros peores enemigos, si a ellos no les sabéis dar su justo valor. Justiprecio en dos meses a lo sumo el tiempo que tardaréis en fatigaros de tierra y quedaros deslastrados y sin blanca. Es más del tiempo que preciso para llevar a cabo un viaje y una empresa para la que necesito a seis de vosotros. Seis de vosotros que se considerarán por toda la duración del viaje en acto de servicio; no podrán beber la última copa que apuntilla ni jugar al naipe ni tocar dados. Serán seis

hombres que por acompañarme tendrán tapiados los hoyos pestilentes que son sus bocas. A babor los que quieran descansar dos meses en tierra y a estribor los seis que estén dispuestos a acompañarme en acto de servicio.

Simultáneamente, todos los piratas a una, corriendo a la borda de estribor zancadilleándose traidoramente y repartiéndose brutales codazos para lograr ser los primeros en tocar la borda de estribor.

—Agradable cosa es para mí, bribones, el ver que preferís mi compañía al trasiego de mostos bajo el son de las mejicanas guitarras —dijo sonriente el Pirata Negro, que con ágil salto quedóse sentado en el pasamanos del castillete, balanceando con indolencia las botas en el vacío—. ¡Oído al parche! ¡Formación en triple hilera de a quince! ¡A cinco pasos de distancia por hilera!

Quedó la cubierta de estribor ocupada enteramente por la disciplinada maniobra con la cual brazos extendidos prolongando sus hombros separábanse entre ellos los cuarenta y cinco piratas formaban tres hileras dando frente a la escalera de cala, sobre la que saltó acrobáticamente Carlos Lezama desde el castillete de proa.

Brazos en jarras, pierniabierto y los puños en las caderas, fué contemplando uno a uno los rostros de sus hombres en actitud de firmes.

La mayoría de los semblantes plasmaban la bestial naturaleza de aquellos instintos salvajes que sólo el Pirata Negro lograba reprimir y encauzar.

—Rapando pelos sobrantes y empleando recios estropajos jabonosos algunos de vosotros podréis acercaros algo a la semejanza con seres humanos. Aquellos que mi dedo toque retrocederán un paso.

Fué el Pirata Negro pasando ante las tres hileras y doce de sus hombres retrocedieron un paso al ser empujados en el pecho por el índice de su jefe.

—Los demás a babor—ordenó—. Y en cuanto a vosotros doce añadió ni quedarse en estribor frente a los seleccionados—, deberéis ahora demostrarme que sabéis lo qué es una espada. Donde iremos no quieren reconocer la utilidad de un buen sable «lo abordaje. Castigan su empleo o simplemente el lucirlo en el cinto, con la horca. De los doce que sois, llevaré conmigo a los seis que mejor demuestren conocer el arte de la esgrima con espada de caballero,

aunque empleen tajos y mandobles de bandidos sableadores.

Carlos Lezama hizo un ademán y su segundo, “Cien Chirlos”, dirigióse hacia el camarote capitana.

—La espada, bellacos, es arma que pincha como lengua de mujer astuta y cándida en apariencia—fué diciendo el Pirata Negro mientras “Cien Chirlos” regresaba portando dos espadas de duelista sin filos y agudizadas sus puntas con muela de piedra—. Semejan largos alfileres y cándidas son comparadas con la amenazadora anchura de las hojas de los sables que acostumbráis manejar. Pero el diminuto agujero que infieren mata mejor que la aparatosa herida del sable. Antes de reclutaros a todos y fletar mi “Aquilón” fui profesor de esgrima durante los años de mi primera juventud. Cada uno de vosotros al empuñar la espada que me ataque debe hacerlo, pues, bravamente y a matar. Debo tantear vuestro temple... y el que tema herirme y por ello luche con cautela recibirá veinte latigazos que le administraré con tanta más fuerza cuanto menos demuestre al atacarme.

Sería la peor de las injurias que pensarais tan ni siquiera rozarme con el pincho. Tú mismo, Juanón, coge una de las espadas y colócate frente a mí. Dejad espacio los demás.

Juanón, el pirata de rostro angelical, molletudo y colorado, púsose en guardia. Estaba dispuesto a acompañar a su jefe y se lanzó como un torbellino contra la espada del Pirata Negro, asestando vigorosos tajos altos para abatir el acero enemigo.

Limitábase el Pirata Negro a parar el remolino atacante con simples torsiones de muñeca. Juanón arrodillóse y avanzó su espada con recia estocada a fondo. Carlos Lezama ladeó la cintura y el acero de Juanón resbaló sobre su costado mientras con fuerte golpetazo de la cazoleta de la espada hacía el Pirata Negro saltar de manos de Juanón el arma que por milímetros acababa de rozarle en estocada mortal.

Todos los piratas espectadores rieron alegremente respirando aliviados. Por un instante habían creído que Juanón había perforado a su jefe... y en sus mentes fraguaron los más atroces martirios para aquel corpachón rematado en redonda cabeza bobalicona.

—Sirves, Juanón—comentó el Pirata Negro—. Tu estocada habría encontrado carne en un espadachín, pero yo reputado

charlatán e inmodesto, poseo también una espada invencible. Aparta a un lado, Juanón. Eres ya el primero de los seis que me acompañará. Otro al palenque. Tú mismo, "Piernas Largas".

Un pirata de esqueléticas piernas y amplias espaldas asió la espada caída en el suelo y fintó hábilmente, con frialdad de técnico. Trató de enlazar la hoja de su jefe en maniobra de escuela italiana, y Carlos Lezama "latigueando" para evitar el ardid, rió mientras obligaba a retroceder al pirata espadachín.

—Cuando los niños jugaban a los bolos en tu aldea estoy cierto que tú a su edad repartías cintarazos con espada que hurtabas del tahalí de soldados —fué diciendo a la par que con tres restallidos laterales hacía saltar de manos de "Piernas Largas" la espada—. Sirves también, eres el segundo de los que me acompañarán.

El peligroso juego mortal repitióse diez veces más, al fin de cuyos asaltos, ninguno se había hecho merecedor de los latigazos.

Quedaron elegidos los seis que demostraron ser más que capaces de enfrentarse con espadachines profesionales.

El torso hercúleo y desnudo del Pirata Negro lucía al sol perlado por el sudor del ejercicio la bronceada

tez de sus elásticos músculos acerados.

Apoyó ambas manos en la empuñadura de la espada hincada de punta en la madera de cubierta.

—El rapabarbas que afile su navaja y os ponga a los seis limpios de vellos superfluos. Después os quiero ver en remojo y cuando os pase nueva revista brillaréis como manzanas, limpios de tiznones y suciedad. Debéis hacer honor al vestido que luciréis. Desde este instante sois los seis mosqueteros españoles del capitán a sueldo del que mejor pague, Carlos Lezama. Y a bordo de un mercante honesto embarcaremos rumbo a Francia.

Capítulo Primero

El simpático fanfarrón

El caballero Jarnac de Lesperruy estaba muy orgulloso de su robusta complexión física y de su arrogante prestancia de hombre curtido en lides de guerra.

Mosquetero del rey, habíase en la corte enamorado de la dulce timidez de una provinciana y Jarnac de Lesperruy pidió una licencia temporal para vivir la reposada e idílica luna de miel en el castillo que su esposa poseía en el alto Loira, cerca de la costa bretona.

El primer blasón de orgullo de Lesperruy era el haber sido calificado por la corte de "primera espada del Reino". Su segundo orgullo era ostentar unos largos bigotes galos, rubios y sedosos, que armonizaban con su barba en perilla. A esos aditamentos capilares atribuía el enamoramiento que su esposa le profesaba.

Y en cambio Jarnac de Lesperruy consideraba íntimamente como sus dos peores defectos lo que para Leonie de Kerdal, su esposa, había sido precisamente la causa de que aceptara al mosquetero por esposo: la brutal generosidad del gascón y su impetuosa franqueza, poco acorde con las intrigas y las maneras palaciegas.

Gascuña es la región francesa que es tomada como punto de comparación para referirse a un exceso de imaginación: "Tan fanfarrón como un gascón", decíase. Y Jarnac de Lesperruy confesaba ser el gascón más puro que Gascuña, había prohijado.

El castillo de Kerdal elevábase en un altozano dominando con su altiva silueta el valle de Kerdal y el río del mismo nombre, que serpenteando por

la ascendente ladera describía una amplia curva alrededor del

castillo.

Macizo, adía parrado, el castillo parecía rememorar desde su altura los cercanos tiempos de la Edad Media, en que rebosantes de agua los fosos hoy secos y alzado el puente levadizo, hoy convertido en puente fijo, defendía desde su privilegiada posición el suelo de Kerdal contra los embates de los mauros, arribados desde playas cantábricas.

El cinturón de fosos era hoy un alarde de jardinería y la policromía de los parterres matizaba suavemente la gris silueta guerrera del castillo, cuyas dos torres, Oeste y Este, alzaban sus cilíndricas moles en estática vigilancia.

El inmenso jardín rezumaba líquida melancolía. El persistente y blando murmullo de la lluvia, en volvía con su monótona cantinela el castillo de Kerdal, formando a modo de brumosa cortina que obscurecía los cristales del amplio ventanal en la encristalada galería, desde la que la condesa de Kerdal dirigía la luz azul de sus ojos hacia el valle, deseosa de ver la inconfundible figura a caballo del hombre que para ella todo lo era.

Pero el camino que nacía en el pueblo de Kerdal seguía desierto... y Jarnac de Lesperruy no aparecía... Quizá fué la influencia melancólica del jardín bajo la lluvia la que humedeció las cándidas pupilas de la mujer que se había enamorado con toda su alma del mosquetero gascón que respondía al altisonante nombre de Jarnac de Lesperruy.

* * *

El único mesón de Kerdal hallábase instalado al extremo de la carretera procedente de Burdeos. Era lugar en el que Jarnac de Lesperruy era muy conocido y al que invariablemente entraba saludando al peculiar estilo de un mosquetero del Rey, que además era gascón:

—¡Paz a los honestos pueblerinos! —decía con voz fuerte y ondeando el chambergo destocado—. ¡Buen mosto para un mosquetero, Ivón!

El posadero, luciendo la más complacida de sus sonrisas, apresurábase a colocar frente a la mesa tras la que se sentaba el “esposo de la condesa” una jarra rebosante.

Y según cual fuese su auditorio, así eran las narraciones de Jarnac de Lesperruy. Si eran ancianos, limitábase a comentar

asuntos de Gobierno, relatando fiestas cortesanas, en las que él, “Jarnac de Lesperruy, era saludado como la primera espada del Reino”.

Si eran jóvenes y robustos campesinos, Lesperruy entreabría el coleto de su jubón y atusaba repetidamente sus largos mostachos.

Y en aquella tarde de lluvia el mesón estaba repleto de jóvenes aldeanos que oían absortos las relaciones de los “bélicas hazañas que Jarnac de Lesperruy había realizado en los campos de duelo y en los terrenos de batalla”.

—...y no debería decirlo porque lo veis todos los que me escucháis—fanfarroneaba el mosquetero gascón—. Mis dos brazos levantan un tonel de cien litros como si se tratara de un blando cojín. ¿Alguno de vosotros lo duda?

Los fieros ojos grises de Lesperruy iban mirando lentamente a cuantos estaban sentados en la amplia sala del mesón. Nadie rechistaba.

—Bien, bien —dijo Lesperruy—. Eso está resultando pesado. Nunca nadie me contradice, nunca nadie me llama “fanfarrón”... ¿Dónde tenéis la sangre, hombres de Kerdal? Invito a doble jarra de vino al que levante más alto que yo ese tonel que allí veis.

En el centro de la sala, una barrica de ciento diez litros ofrecía su ventruda mole conteniendo vino joven del que nunca el posadero servía en espera de que adquiriese el paladar adecuado.

Jarnac de Lesperruy levantóse dejando sobre el banco su tahalí con la espada. Junto al tonel abrió en cruz Ion largos y potentes brazos a cuyo extremo dos grandes manazas de fuertes dedos denotaban que en cuanto a vigor el gascón no alardeaba de cualidad inexistente.

Abrazó el tonel y las venas de su cuello se hincharon a medida que en hercúlea tensión de todos sus músculos el gascón elevaba la barrica, hasta formar con ella, encima de su amplio pecho un arco,

Arqueándose por los riñones, colocaba Lesperruy sus dos manos en la base del tonel y con último y prodigioso esfuerzo atlético levantaba el tonel encima de su cabeza.

Cuando lo hubo Inmovilizado semejando la plasmación de una cariátide escultórica, murmullos de admiración recorrieron por la sala.

Y Jarnac de Lesperruy sonrió satisfecho. Era poco... pero al fin y

al cabo era algo el homenaje silencioso de los aldeanos de Kerdal.

Depositó el tonel en el suelo y limpiándose el sudor con el dorso de la manga de su jubón, fué a sentarse, apurando de un largo trago todo el contenido de la gran jarra de vino.

—¡Un valiente que se atreva a repetir lo que acabo de hacer! —retó. Aguardó unos instantes y al ver los ademanes negativos de todos sonrió vanidosamente—. De Gascuña ha tenido que venir el hombre que os enseñase lo que es un hombre fuerte.

Sin rencor, pueblo de Kerdal. Sírveles a todos una ronda por mi cuenta, posadero.

Apuró Lesperruy la mitad de la nueva jarra que acababan de servirle y sopló en sus mojados bigotes enderezándolos con un brusco golpe del pulgar. Sus ojos grises miraron de nuevo fieramente a todos los concurrentes.

—¿Quién es el más fuerte entre todos vosotros?—preguntó.

—Valentín Bougre, mi hijo —dijo un anciano al otro extremo de la sala—. Pero con toda su fuerza no puede compararse a vos, señor.

—Nadie puede compararse a mí, viejo Bougre—dijo con la sencillez y convicción con que se expresan evidentes verdades el mosquetero—. Os apuesto mi bolsa contra una jarra de vino, a que vuestro hijo no es capaz de lograr que yo retroceda ni un ápice mi cuello, viejo Bougre.

El anciano aldeano no pudo evitar que sus ojillos llenos de cupidez y avaricia, brillaran ansiosamente.

—¿Vuestra bolsa decís, señor? — preguntó con avidez.

—Sí. Esta bolsa—y el mosquetero en reposo por licencia, tiró sobre la mesa un saquito repleto de monedas de oro—. Creo que contiene unos treinta luises de oro. No los he contado—añadió indolentemente.

—¿Correría peligro mi Valentín, señor?—preguntó el padre, vacilante. —Sois fuerte y avezado a lides sangrientas. Mi hijo es fuerte, pero porque no tenemos caballos y tira él de la yunta. Treinta luises de oro es cantidad grande, señor. ¿Qué ha de hacer mi hijo para ganarlos?

—Demostrarme que es más fuerte que yo. Y hasta hoy nadie me ha ganado en el juego del puñal.

—¿Del puñal, decís?—y el mozo jaquetón y robusto que

avanzaba hacia el gascón retrocedió indeciso.

—¿Tú eres Valentín? Sí, lo eres. Tienes cuello de toro y espaldas de potro percherón. Acércate sin miedo, machito. Te explicaré en qué consiste el juego y verás que no hay el menor riesgo para ti... y en cambio sí puedes ganarte treinta luises de oro.

Valentín Bougre aproximóse, mientras el mosquetero sacaba del cinto tahalí un largo puñal de duelista. Hincó la punta aguda en la madera de la mesa.

—Atiende a las reglas del juego, Valentín — explicó Lesperruy —. Yo continuaré sentado. Tú te sentarás frente a mí. En mi diestra sostendré el puñal aplicando su punta encima de mi garganta... Y el juego es fácil. Tú, con tus dos manos rodearás mi muñeca y empujarás hacia delante... Si una sola gotita de sangre resbala por la piel de mi garganta... tuyos son los treinta luises de oro.

—Pero... ¡señor! —exclamó Valentín, asombrado—. ¡Os puedo herir de muerte!

—¡Fanfarrón!—rió el más fanfarrón de los gascones—. ¿Herir tú a un mosquetero del Rey que tiene por nombre Jarnac de Lesperruy Debería propinarte una paliza por tu insolencia... No la tomo en cuenta. Anda, siéntate delante mío y contempla qué bonita es esta bolsa llenita y tan rolliza como los flancos de tus vacas.

Valentín Bougre sentóse, tras consultar con la mirada a su padre, que mudamente asintió con la cabeza. Alrededor de la mesa se congregaron todos los concurrentes al mesón.

Jarnac de Lesperruy asió el puñal desclavándolo de la mesa. Aplicó su punta contra su propia garganta y con la mano libre se atusó los bigotes.

—Coge mi muñeca, Valentín. Así, con tus dos manos. Cuando yo te dé la orden de empezar el juego, puedes empujar con todas tus fuerzas. ¿Listos?

Valentín Bougre apresó con sus manazas la ancha muñeca del gascón. Estaba dispuesto a ganarse los treinta luises... no sólo por la sequedad que en su boca ponía la idea de sentir entre sus dedos la caricia de tantas monedas de oro, sino también porque le molestaba que todas las mozas de Kerdal languidecieran los ojos cuando ante ellas se mentaba el nombre del mosquetero gascón.

—Puedes ya empezar, Valentín. Y aprieta de firme, que una gotita de mi sangre te valdrá treinta luises...

Valentín Bougre empezó ladinamente, con socarronería de aldeano astucioso. No empujó con todas sus fuerzas, sino que limitóse a comprobar si la punta del puñal estaba bien en contacto con la descubierta garganta del gascón. Cerciorado de ello, fingió empujar liada delante vigorosamente. Pero se reservaba… Notó la resistencia inconmovible que la muñeca de Lesperruy oponía al avance… y de pronto empujó con todas sus fuerzas, pensando así sorprender a su contrincante.

Pero la muñeca del gascón seguía pareciendo un poste empotrado sólidamente, aun cuando estaba en el aire y aprisionada por las robustas manos del aldeano.

—Eres listo, Valentín —sonrió Lesperruy—, pero yo lo soy más. Y eso ardid ya lo conozco. En espada lo llamamos “ceder la resistencia”. Sigue, continúa… Aún estás a tiempo de ganarte los treinta luises.

Menudas gotitas de sudor perlaban la frente del gascón. El rostro de Valentín Bougre presentaba un violento color anaranjado y relucía de transpiración, mientras ahora, sin disimulos, tensaba todos sus músculos en inútiles intentos de vencer la férrea resistencia que con un solo brazo le oponía Lesperruy…

El puñal no se movía y era una línea acerada y recta la que permanecía estática entre la garganta del mosquetero por la punta y las manos de Valentín rodeando la muñeca del mosquetero. La empuñadura estaba ante el rostro de Valentín y sin reparos, animado por frases pronunciadas en voz baja por su padre, Valentín apoyó su barbilla sobre la empuñadura ayudando con ella, el empujón de sus manos, ávido de ver dibujarse en la piel de la garganta del “marido de la señora condesa” la ansiada gotita roja que indicase que el puñal había herido…

Pero transcurrieron dos, tres, cuatro minutos… y al fin, agotado, Valentín Bougre cayó de bruces sobre la mesa, con las manos sudorosas pendientes a ambos costados.

Jarnac de Lesperruy mantuvo unos momentos el puñal sobre su garganta. Atusóse los bigotes con la zurda, y, al fin, envainó el puñal.

—Es fuerte el mozo, viejo Bougre. Podéis estar orgulloso de él, pero ha quedado bien patente que nadie puede vencer a Jarnac de Lesperruy. Bien, posadero; otra jarra a todos por mi cuenta… Y

cantaréis todos conmigo la balada del galante mosquetero. Aquella que os enseñé en la que se habla del más valiente y del más fuerte de los mosqueteros del Rey… El poeta músico que la compuso no cita mi nombre…, pero, naturalmente, se refería a mi.

* * *

Esos pasatiempos en los que el caballero Lesperruy empleaba las horas de la tarde, no eran los que empañaban de llanto los azules ojos de su esposa.

Leonie de Kerdal amaba el vigor físico de su marido y sonreía indulgente ante el relato de las “fanfarronadas” de su adorable fanfarrón.

Pero Leonie de Kerdal, buena, sumisa e inteligente, sentía que su docilidad tenía un fallo: estaba dispuesta, desde el día en que se casó con el mosquetero gascón, a soportar muchas cosas. No desconocía que Jarnac era bebedor, pendenciero y jugador. Pero Jarnac nunca había mirado a otra mujer que no fuera Leonie de Kerdal… hasta que apareció la dueña del lejano castillo de la cumbre opuesta.

Y desde que la enigmática Jacqueline de Brest hallábase recluida en su castillo, Jarnac de Lesperruy, que sólo la había visto una vez pasar en su carroza en dirección de Burdeos, parecía imantado por algún sortilegio cuya brujería debía buscarse en el bosquecillo que rodeaba el castillo de Jacqueline de Brest.

Desde hacía dos semanas, al obscurecer, Jarnac de Lesperruy abandonaba el mesón y dando un rodeo prudente para no ser visto por los aldeanos de Kerdal, tomaba luego el camino que conducía al bosquecillo del castillo donde moraba Jacqueline de Brest.

Y el mosquetero gascón apeábase y manteniendo por la brida a su caballo, internábase en el bosque hasta dar frente a las ventanas en las que de vez en cuando, ignorante de que era secretamente avizorada por los ardientes ojos impetuosos del mosquetero, Jacqueline de Brest asomaba su delicado rostro de melancólica belleza altiva.

Y sabedora de ello, Leonie de Kerdal lloraba silenciosamente en la encristalada galería desde la que podía ver regresar dando otro prudente rodeo a Jarnac de Lesperruy, que se disponía a cenar.

La inteligente provinciana estaba dispuesta a no perder el amor de su marido y por ello, cuando Jarnac de Lesperruy hacía resonar

fuertemente sus botas por los baldosines de la antesala, la Leonie de Kerdal que salía a recibirle no ostentaba en su delicado rostro más que sonrisas y en sus ojos no había la menor huella de llanto. Los polvos que emblanquecían sus párpados y mejillas ayudaban a la ficción y ella recibía los besos de su esposo, maldiciendo mentalmente a Jacqueline de Brest, la enigmática parisina, que sin salir de su castillo más que en una ocasión, había "embrujado" al gascón.

Y durante la cena, Jarnac de Lesperruy se extendía en la narración detallada de sus "proezas"... Pero nunca salía del mesón en sus narraciones. También él fingía ignorar que en el bosquecillo del castillo de Jacqueline de Brest transcurría en muda atracción acechando sus ventanas, más de media hora, creyendo ser una sombra más, por todos ignorada, entro las sombras del crepúsculo.

—No debéis repetir eso juego, Jarnac—suplicó ella.

—¿Qué juego?—preguntó él ligeramente alarmado y poco ducho en el arte de conservar un secreto que la conciencia le reprochaba.

—Me refiero a lo que habéis hecho esta tarde. Valentín Bougre es muy fuerte y podía haberos dañado.

—¡Bah!—reía el gascón, alegremente—. No hay en todo Kerdal nadie que pueda vencerme. Y si no fuera tan modesto, afirmaría que no hay en toda Francia quien conmigo pueda competir.

Bebió Jarnac y secóse limpiamente con una servilleta. Recordaba siempre a tiempo ante su esposa que ella era "condesa de Kerdal", y procuraba no emplear los dedos como servilleta.

—A veces pienso, querida mía, que tú puedes suponer, como muchos suponen, que yo soy un fanfarrón—dijo pensativamente.

—Es fanfarrón quien no cumple aquello que dice, Jarnac —dijo ella dulcemente—. Y vos cuanto decís, lo cumplís.

—Eso es. Cuando digo lo cumplo. Pero si ante ti alguna vez fanfarroneo demasiado, corrígeme. Confío en tu buen sentido... en todo el buen sentido que yo no poseo.

—Si alguna vez para mí fuerais algo... gascón... no por eso dejaríais de ser el más adorable y simpático de los fanfarrones.

Jarnac de Lesperruy levantóse y arrodillándose junto a ella, besó sus manos, devotamente. Y era hombre que se jactaba de no doblar la rodilla ni ante el propio Rey.

—¿Qué hacéis, Jarnac? ¿Me merezco, acaso, esos besos tan de

cortesano amante?

—Debería rezar ante ti, mi dulce Leonie. Yo soy quien no se merece tanta dicha como la de ser amado por ti.

Pero más no podía decir el “simpático fanfarrón”. No podía confesar que tras su excursión al bosquecillo ensombrecido por el crepúsculo, cuando regresaba al castillo de Kerdal y veíase ante la luminosa dulzura de las pupilas de Leonie, sentíase más culpable que el peor de los asesinos.

Lo cual no obstaba para que al día siguiente, cuando el crepúsculo caía, Jarnac de Lesperruy se internase en el bosquecillo desde el que veíanse las ventanas en las cuales de vez en cuando Jacqueline de Brest asomaba su delicado rostro altivo, impregnado en inexplicable melancolía…

Capítulo II

Mosqueteros españoles

Ivón, el mesonero de Kerdal, cerraba ya su puerta cuando oyó a lo lejos el ruido de varios caballos acercarse a todo galope.

Kerdal era ya una aldea silenciosa y todos sus habitantes dormían siendo únicamente Ivón, por su cometido, el único ser humano en Kerdal que hallábase despierto a aquella hora, porque tras hacer sus cuentas y observar los cerrojos de sus bodegas, disponíase a cerrar la gran puerta de entrada al patio y a los corrales.

Siete jinetes acercábanse por el camino de Burdeos. Vestían los vistosos jubones rojos y las negras calzas enfundadas en negras botas altas de vuelta, de los mosqueteros españoles a sueldo, en terreno francés, del que mejor les pagara.

Los chambergos pardos, de pluma roja, y la banderola amarilla que atravesaba los jubones formando también cinto-tahalí, eran suficientes datos para permitir reconocer en los jinetes a un "escuadrón volante" de mosqueteros españoles.

Quedóse Ivón parado ante su puerta, creyendo que los jinetes pasarían de largo. Pero el que iba en cabeza del "escuadrón volante", aplicativo con el que se designaba a fuerzas aisladas sin divisa, apeóse del caballo que montaba, con una ligereza de consumado jinete. El caballo no habíase detenido aún, cuando ya su jinete estaba en pie ante el mesonero.

—¿Es Kerdal esta aldea, buen hombre?—preguntó el recién llegado en un francés perfecto, aunque con leve acento español.

—En Kerdal estáis, señor—replicó Ivón olfateando por el buen estado de las ropas y de los caballos de los mosqueteros españoles que éstos llevaban dinero fresco.

Y el agradable tintineo que despedía la bolsa del que le hablaba, era grato acorde a los oídos del mesonero, cuyos mayores beneficios se los proporcionaba Jarnac de Lesperruy.

—Pienso para siete caballos y pienso para siete hombres. Heno para que se tumben las bestias; colchones para que nos tumbemos los siete. ¿Hay de eso en tu pocilga, mesonero?

—Lo hay, señor; y todo está a vuestro servicio—dijo Ivón con sincero respeto.

—¡Voto a sanes, bergante! —rió el desconocido, mientras los seis hombres se apeaban tras él—. ¿Conque todo está a mi servicio? No quiero heno ni cebada. Quiero buen vino y jugosa carne para reparar la fatiga de un largo viaje. Toma esa bolsa. De ella te irás cobrando y si se vacía me lo notificas.

Entraron en el patio los seis mosqueteros conduciendo por la brida a los caballos hasta las corralizas. Ivón a la luz de las linternas examinó al jefe del "escuadrón volante", que, brazos cruzados, habíase reclinado indolentemente contra el poste central del patio, aguardando que sus hombres instalaran los caballos.

Alto y moreno, el recién llegado tenía impreso en el bronceado rostro el sello de la viril energía de un carácter dominante. El cabello rizoso era negro y encrespado.

Además de la tez bronceada, otro detalle desentonaba de la costumbre de la época en que los caballeros acudían a empolvarse el rostro para blanquearlo y cubrían sus labios y barba con profusos adornos capilares. El desconocido lucía una barbilla voluntariosa, hendida en su mitad, pero completamente rasurada; sólo un fino trazo sedoso y negro sombreaba su labio superior, que entreabierto dejaba ver los agudos incisivos blancos.

La nariz breve y aguileña; las cejas arqueadas y los negros ojos de intensa brillantez, contribuían a dar una fiel expresión facial de un temperamento apasionado y turbulento.

Distinguíase del resto de los otros mosqueteros, porque su ropa la llevaba con distinción y facilidad y también porque colgando de cadena de oro de grandes eslabones, llevaba sobre el pecho una placa redonda de oro.

—¿Si preguntan por vos, caballero, a qué nombre debo responder?—preguntó ladinamente el mesonero, para enterarse de la identidad de su inesperado cliente.

—Nadie preguntará por mi, bergante. Pero si es quién soy lo que quieres saber, aprende que alojas al capitán Carlos Lezama, mosquetero español, que al frente de seis espadachines, sirve a quien bien le sabe pagar.

—¿Pensáis permanecer largo tiempo en Kerdal, capitán Lezama?

—Es cosa que no te incumbe, preguntón. Atiende sólo a que mi bolsa se vacíe en tus manos. Algunos días aquí nos quedaremos, porque estamos deseosos de reposo. Danos tu habitación mejor, donde quepan seis camas y la mejor de las mejores donde quepa la mía. Y no quiero vecindad. Los ruidos me molestan.

—Estad tranquilo, capitán. Vos y vuestros hombres sois mis únicos huéspedes y os daré el piso alto. Estaréis como en la mejor de las posadas parisinas.

Carlos Lezama, el Pirata Negro[2] bebió un sorbo contemplando a sus hombres comer vorazmente.

El posadero había recibido la orden de acostarse y en el piso alto del mesón, en el gran dormitorio, sólo hallábanse los seis piratas comiendo en silencio, algo cohibidos por la presencia en su mesa del que era su jefe.

Carlos Lezama examinó la lejana puerta de recia madera bien atrancada y cerciorado de que sus palabras no podrían ser escuchadas por más oídos que por los de sus seis piratas, acodóse en el sillón.

—Henos ya al fin de nuestro viaje, mis valientes. En Burdeos he logrado la pista que buscaba. A quien deseo ver sé ya dónde encontrarlo. Cerca de ese pueblo se alza un castillo… y tendré que visitarlo. Pero oídme bien, bribones. Vosotros lleváis ropas de mosquetero español. Os sientan como guantes a un pato, pero nadie puede dudar que sois mosqueteros. Cuanto menos abráis las bocas menos sabrán lo bellacos que sois. Mi orden es, pues, silencio y boca cerrada. Desde que el pie pusimos en la dulce Francia os habéis comportado bastante decentemente… No oléis demasiado a bandidos piratas. Tened en cuenta que si nuestra identidad es descubierta, trabajo nos costaría evitar que siete corbatas de cáñamo nos rodeasen el cuello. Os permito que bajéis durante el día al patio del mesón, pero ni hablaréis ni beberéis demasiado. Si os provocasen o algo excitara vuestra fácil cólera, aguantaos hasta que yo esté presente. Sólo por mi orden pueden vuestras espadas

flamear al aire.

Y ahora, saciadas vuestras barrigas, a la cama. Y para que vuestros sueños sean agradables os prometo que nuestra estancia en Kerdal será breve. También yo deseo sentir pronto bajo mis pies la caricia de la cubierta del "Aquilón".

Los seis piratas, uno tras otro, fueron saludando a Carlos Lezama y se dirigieron a sus lechos. El Pirata Negro abandonó el comedor dormitorio y entró en la adjunta alcoba.

Antes de desvestirse besó la placa de oro que encima de su pecho relucía.

—Retardo el momento de verte, Jacqueline —musitó—. Porque... aun no sé si en ti veré a la adolescente feliz de la isla solitaria o veré solamente a la Bella Corsaria.

* * *

La caminata que todas las mañanas efectuaba Leonie de Kerdal había encendido sonrosados colores en sus mejillas. Dejóse caer sentada sobre el verde césped del claro del bosque frente a su castillo.

Quitóse la gran pamela de encajes tupidos que resguardaba su semblante de los rayos del sol y la dejó junto a sí, en la hierba.

Entretúvose Leonie arrancando amapolas de las que le rodeaban. Pronto tuvo sobre el regazo de su amplia falda acampanada un montón de rojas flores que fué entretejiendo, absorta en sus pensamientos.

En aquel claro del bosque, el sol que penetraba amortiguaba sus rayos en las copudas crestas de los alerces. La primavera francesa desparramaba su tibieza sobre el valle de Kerdal. Todo en el aire, en el azul del cielo, en el paisaje de égloga, cantaba el esplendor de aquel día de abril.

De pronto, levantó Leonie la vista que tenía absorta en el jugueteo de sus manos y en la más absorbente tarea de procurar poner en orden sus pensamientos.

Creía estar sola, puesto que se hallaba en los bosques del castillo de Kerdal, y, sin embargo, detenido en el lindero del claro, un arrogante y atezado mosquetero, vistiendo jubón español, la contemplaba en silencio.

Con las mejillas arreboladas, púsose ella en pie a la par que dejaba escapar un leve grito de sorpresa.

—Perdonad, señora, si os alarmé— dijo el mosquetero, destocándose y rozando con la pluma roja de su pardo chambergo el suelo—. Debo haberme extraviado. Ante vos y a vuestros pies está Carlos Lezama.

Leonie de Kerdal pensó por unos momentos que aquel mosquetero español podía ser un amigo de su esposo. Jarnac de Lesperruy había combatido dos años en España, cuando era solamente un cadete.

—¿Acaso buscáis a mi marido, señor Lezama? Soy la condesa de Kerdal y hace tres meses contraje enlace con el caballero Jarnac de Lesperruy. ¿Es a él a quien deseáis ver?

—No tengo el honor de conocer a vuestro afortunado esposo, condesa. Sin duda alguna me he extraviado. En Burdeos me informaron de que a pocas leguas de Kerdal alzábase un castillo donde moraba una beldad para la cual tengo un mensaje. Vi este castillo y me acerqué. Vos tenéis beldad de hada, pero no sois la dama para quien porto un mensaje.

—¿Acaso es la dama Jacqueline de Brest?

Carlos Lezama tardó unos instantes en responder. Contemplaba el rubio cabello de Leonie, abundante y sedoso y mantenido disciplinadamente por un lazo de seda azul; la brevedad de la recta nariz y los labios mórbidos e infantiles daban al perfecto óvalo del rostro un encanto indescriptible.

El blanco cuello de línea suave y grácil, los redondos hombros erguidos, el breve talle que avaloraba el torneado busto, las pálidas manos frágiles y la natural elegancia con la que Leonie de Kerdal vestía, fueron detalles que justipreció rápidamente Carlos Lezama, decretando para su fuero interno que el desconocido Jarnac de Lesperruy era hombre feliz al ser poseedor legítimo de tanta belleza romántica:

—¿Conocéis vos a Jacqueline de Brest?—demandó, oponiendo pregunta por pregunta.

—No. Solamente sé que es dama de la corte y que ahora habita el palacio de la cumbre. ¿Veis a oriente los torreones de aquel castillo? Allí habita Jacqueline de Brest, aunque… ahora no la encontraréis, porque esta mañana temprano vi salir su carroza y ella iba en el interior, camino de Burdeos.

—Gracias, señora, por vuestra bondadosa amabilidad hacia un

forastero. Y decidme, si a insolencia no lo tomáis, ¿sois por ventura la dama que inspiró al poeta Villon su estrofa en la que hablaba de la esposa que ningún hombre supo hallar porque era ensueño de embriaguez poética? Vos sois la realidad del ensueño poético y el caballero Jarnac de Lesperruy gran hombre debo ser cuando supo conseguir vuestra mano.

—Agradezco en su nombre los cumplidos que me tributáis, señor español—dijo ella irguiendo la cabeza algo molesta—pero os ruego que os retiréis porque él podría venir y me honra con su celosa espada. Y quizá no supiera comprender que vuestras palabras galantes son solamente cualidad de español.

—Si en España, señora, ateos hubiera, ante vos rezarían porque tenéis de la Virgen la pureza delicada. Y ya no os importuno más. Quedo vuestro devoto servidor, señora.



—No tengo el honor de conocer a...

Leonie de Kerdal quedóse sola y respiró aliviada cuando a lo lejos vió venir a su esposo. Ya no era visible la gallarda figura del mosquetero español y eso la tranquilizaba porque había adivinado que el atezado intruso poseía un temperamento muy semejante al de su esposo en lo que al fácil manejo de la espada se refería.

* * *

"Piernas Largas" estiró los atributos de su anatomía que le valían el apodo entre la tripulación del velero pirata "Aquilón". Ahora, en aquella sala del mesón de Ivón, sentíase incómodo culpando las recias botas altas de mosquetero. Prefería el húmedo roce de las maderas de la cubierta del "Aquilón" andando sobre ellas descalzo.

Rentados en el mismo banco, los otros cinco piratas sorbían lentamente su primera jarra de vino. Juanón, el pirata de rostro mofletudo y bobalicón, bisbiseó entre dientes:

—Recordad, compadres. Boca cerrada y poco peleón. "Él" lo ha dicho

así. ¡Hola, hola!... Picos cerrados, que el rubiales que se acerca parece deseoso de charla. No ha hecho más que graznar desde que ha entrado.

Jarnac de Lesperruy detúvose ante el silencioso grupo de los seis mosqueteros. Atusóse los mostachos.

—Saludos, españoles—habló en bastante defectuoso castellano —. Peleé contra vosotros ha tiempo, y a fe de hombre conocedor, que no lo hacéis mal. Me aburro, y veo entre vosotros seis recios puños y caras de decisión. ¿Alguno de vosotros quiere ganarse treinta luises de oro?

"Piernas Largas" tragó dificultosamente y Juanón pestañeó. Los otros cuatro piratas calcularon mentalmente la cantidad de frascos de Borgoña y Burdeos que podían adquirirse con treinta luises... pero los seis guardaron el más absoluto de los silencios.

—¿Sois mudos, españoles? Vestís ropa mosquetera y esa es ropa que sólo llevan los hombres que saben contestar a las palabras de un caballero educado cuando éste les dirige la palabra. Os he saludado.

Los seis piratas siguieron silenciosos. Amostazado, Jarnac de Lesperruy desenvainó su espada y asiendo la punta con la mano zurda flexionó la hoja de acero hasta arquearla frente su rostro.

—¡Voto a los calzones de Belcebú! —gritó—. Vosotros queréis callar y yo quiero que habléis. Seis mosqueteros españoles son pocos para Jarnac de Lesperruy. ¡Al aire las espadas!

"Piernas Largas" prefirió cerrar los ojos. No podía levantarse ni sacar la espada; eran órdenes de "él", pero... habría dado una mano para poder pelearse con aquel fanfarrón que les retaba.

—¿Continuáis sentados? —dijo triunfante Lesperruy—. Es prudencia que desconocía en españoles. En fin, no puedo atravesar a seis hombres sentados, aunque... por pollos mereceríais que os embrochara.

—¿Qué os hicieron mis hombres, señor? — preguntó una voz a espaldas del gascón.

Y Carlos Lezama, que atraído por las voces de Lesperruy había asomado a la escalera del piso alto, descendía ahora hasta quedar entre Lesperruy y el banco donde los seis piratas enmudecidos y coléricos sonrieron ahora satisfechísimos.

Jarnac de Lesperruy contempló al recién llegado. Seguía manteniendo en arco su espada.

—Nada me han hecho, caballero, pero es disgustante que no sepan responder cortésmente cuando un caballero francés, por añadidura gascón y mosquetero del rey, les saluda.

—Tienen orden mía de no hablar con nadie. ¿Deseabais algo? Yo soy el capitán Carlos Lezama y disponed de mí para lo que gustéis.

Y el Pirata Negro destocóse, barriendo el suelo con la pluma de su chambergo. Lesperruy envainó y devolvió el saludo.

—Me llamo Jarnac de Lesperruy, señor, y acepto vuestro saludo en desagravio al que vuestros hombres no supieron concederme. También yo soy mosquetero, aunque del Rey de la Francia, y ahora en licencia temporal de descanso. ¿Aceptáis una jarra rio vino, caballero?

—Gustoso. Y aceptaría también que invitaseis a mis hombres, porque han sufrido un mal rato.

Jarnac de Lesperruy rió fuertemente, interpretando mal las palabras de Carlos Lezama.

—Lo supongo. Deben saber que soy la primera espada de Francia, y sin duda estaban encantados de que vuestras órdenes les impidieran hablar y recoger mi desafío.

—No, es el contrario, caballero Lesperruy. Son disciplinados, pero son bravos. Tierra brava la española tierra de proceden, y no gustan de dejar sin adecuada respuesta reto rio quien sea, aunque proceda de la primera espada de Francia. Afortunadamente llegué a tiempo de desvanecer vuestro error. Ellos enmudecían y dejaron quietas sus espadas porque así yo lo ordené.

Jarnac de Lesperruy atusóse los bigotes. Aquel español le estaba

pareciendo algo insolente.

—Quietas dejaremos las espadas, caballero Lezama, por ahora. Pero vos parecéis hombre fuerte y mosquetero sois, aunque español. ¿Gustáis de apostar?

—A veces. Según la cantidad y según con quién.

—Mi licencia temporal se prolonga y esta aldea no abunda en diversiones? Me gustaría apostar con vos que nadie vence al caballero Jarnac de Lesperruy, sea en el terreno que sea. ¿Veis aquel tonel? Pesa y contiene ciento diez litros. Diez luises de oro si lo levantáis más alto que yo.

—Pocas veces me he dedicado a ese pasatiempo — dijo Lezama, mientras desciñéndose su tahalí entregaba su espada y puñal a Juanón.

Jarnac de Lesperruy no comprendió por qué los seis mosqueteros españoles reían silenciosamente, No había presenciado el especial procedimiento por el cual Carlos Lezama, el Pirata Negro, incendiaba las Santas Bárbaras de los buques piratas enemigos[3].

El gascón abrazó el tonel, lo aupó sobre su pecho y poco después realizaba su hazaña de elevarlo encima de su cabeza. Quedóse así, y preguntó galleando:

—¿Cuánto apostáis de que sois incapaz de levantarlo más alto?

—Cincuenta luises si vos no sólo lo levantáis, sino lo arrojáis más lejos de donde yo lo lance.

Jarnac de Lesperruy al oír aquellas palabras, depositó el tonel en el suelo más rápido de lo que acostumbraba, tal era la sorpresa que le había causado oír al moreno capitán mosquetero.

—¡Fanfarrón!—musitó por lo bajo. Y ya en voz alta añadió—: Van los cincuenta luises, aunque me duele ganaros el dinero. ¿Sabéis que levantar la barrica ya es algo fuera de lo común? ¿Cómo pretendéis pues arrojarlo lejos de vos?

—En España no explicamos cómo hacemos las cosas. Las hacemos, señor gascón.

Y Carlos Lezama, menos corpulento y aparatoso que Lesperruy, pasmó a todos los aldeanos de Kerdal que estaban en el mesón, cuando aparentemente sin esfuerzo, sus músculos abultaron las mangas del jubón rojo mientras encima de su cabeza balanceaba el tonel.

—Procuraré que caiga sobre aquellas albardas—dijo señalando

con la barbilla un montón de sillas muleras. —No debe romperse, porque es vino joven el que se desparramaría y trae mala suerte.

Una exclamación unánime de sorpresa acogió el arco que describió en el aire el tonel para ir a abatirse con precisión diez metros más allá, sobre el hacinamiento de albardas que amortiguaron su caída.

El viejo Bougre expresó su opinión de que "aquel moreno español tenía que haber hecho un pacto con el diablo". En las aldeas francesas se estipulaba la fuerza por la grasa y la corpulencia y no sabían que la ejercitada musculatura felina de Carlos Lezama poseía más vigor que la voluminosa humanidad de Jarnac de Lesperruy.

El gascón levantó el tonel, arqueó los riñones tensando los abultados, músculos de sus piernas. Lanzó una exclamación para ayudarse en el esfuerzo, pero aunque desplegó todas sus fuerzas, el tonel fué a caer exactamente encima de las albardas.

—¡Bravo, caballero Lesperruy! Habéis logrado igualar mi tiro. Tenéis buenos músculos. ¿Repetimos?—preguntó Lezama.

Lesperruy prefirió no exponerse a una primera derrota. Sentíase incapaz de volver a arrojar tan lejos la pesada barrica. Pero debía velar por mi prestigio. Nunca había sido vencido en el juego del puñal... y aquel insolente español iba a aprender lo qué era un mosquetero gascón.

—Queda en pie nuestra apuesta, señor español. Dignaos sentaros en esta mesa, que es la mía. ¿Conocéis el juego de los cuerpos de guardia? Sólo pueden realizarlo hombres que como yo y vos sean fuertes a toda prueba. Consiste en apoyarse la punta de un puñal sobre la garganta. ¿Veis? Así —y Lesperruy apoyóse su propio puñal en la garganta—. Vos con... una mano rodeáis mi muñeca y tratáis de hundirme un poco de acero en la garganta. Si vierto tan sólo una gotita por un arañazo habéis ganado y vuestro pulso sería superior al mío. ¿Hace?

—No. No me gusta ese juego...

—Ya lo suponía — se envalentonó Lesperruy.

—Mal suponéis, puesto que no terminé de hablar. Quería decir que no me gusta el juego tal como lo presentáis. ¡Juanón!—llamó Lezama—. Dame mi puñal.

Cuando el Pirata Negro tuvo empuñada su arma corta, imitó el gesto de Jarnac de Lesperruy. Aplicóse la punta en su propia

garganta, y colocó la empuñadura tocando contra la empuñadura del puñal de Lesperruy.

—Ved como así está mejor, caballero Lesperruy. Diestra contra diestra, pulso contra pulso. Y que gane el más fuerte de los dos. Cuando queráis... Aguardo a que empecéis a demostrarme que vuestro pulso de gascón puede vencer al pulso de un español...

Ivón, el mesonero, asistió angustiado al silencioso duelo. Temía perder a uno de sus dos mejores clientes. Sabía que en aquel juego mortal era indigno retroceder el rostro y por lo tanto el pulso que vencía hincaba la punta del puñal en la garganta enemiga. Generalmente eran sólo heridas más o menos largas en curarse, pero dada la fortaleza de Lesperruy y la asombrosa reciedumbre de los músculos que el capitán español había demostrado poseer, a Ivón se le antojaba ver no ya una gotita de sangre perlar sucesivamente en cada una de las dos gargantas, sino verdaderos raudales sangrientos brotar para cubrir la mesa en que se apoyaban los dos codos adversarios.

—Buen pulso tenéis, ¡voto al diablo! — masculló Lesperruy tras dos minutos de peligroso forcejeo en que no consiguió mover la empuñadura de su contrincante.

—Lo mismo digo, ¡por Baco!—rezongó sonriente Lezama.

Transcurrieron otros dos minutos en medio del mayor de los silencios y al fin, Lesperruy, agarrotados ya los músculos de su brazo derecho, exclamó fatigado:

—Ni yo ni vos, caballero. No pienso permanecer toda la tarde así.

—Tampoco yo. ¿Reconocéis, pues, que por ahora somos iguales?

—En el lanzamiento del tonel y en ese juego del puñal, sí. Pero... —y envainó su arma—, hay otras maneras en otros terrenos de...

—Perdonad, caballero Lesperruy. Por hoy bastan esas dos pruebas. Tengo ahora que acudir a una cita que ha tiempo contraje. No vine a Kerdal para entretener vuestro aburrimiento. Aunque os doy mi palabra que mañana a esta misma hora aquí os espero para cuanto gustéis proponerme... sea en el terreno que sea.

—Gracias. Así lo espero yo también—dijo Lesperruy, destocándose—. No debe quedar en toda Francia quien dude de que yo soy...

—El afortunado Jarnac de Lesperruy. Lo sé — interrumpió

Lezama—. Perdonad ahora, porque el tiempo apremia. A mañana.

Y Carlos Lezama tocóse de nuevo el chambergo, recogió su tahalí de manos de Juanón y abandonó la estancia.

Pesaroso por no haber podido vencer según acostumbraba siempre, Jarnac de Lesperruy bebió dos jarras seguidas. Limpióse los mostachos con el dorso de la mano y murmuró:

—¿Por qué me habrá llamado afortunado?

Ignoraba que aquella misma mañana, Carlos Lezama había apreciado la encantadora figura de Leonie de Kerdal.

El crepúsculo empezaba ya a esparcir sus tintes obscuros por el valle. Jarnac de Lesperruy, como dominado por un impulso irresistible olvidó repentinamente al "fanfarrón" español y salió para instantes después cabalgar camino del bosque cercano al castillo de Jacqueline de Brest.

Capítulo III

Jacqueline de Brest

Un suave céfiro entibiaba el crepúsculo. La luna aparecía y desaparecía velada a instantes por nubecillas blancas.

Jacqueline de Brest, “La Bella Corsaria”, estaba recostada en un diván recubierto de damasco azul. Sus largos cabellos negros desparramados cubrían el almohadón sobre el que su cabeza estaba apoyada.

Con los ojos cerrados parecía hacer un esfuerzo para mantenerlos así. Un único candelabro de plata pendía iluminando tenuemente la estancia y proyectando su luz sobre el pálido rostro y los encendidos labios de Jacqueline.

No dormía; una penosa pesadilla parecía agitarla. Desde que había huido de la isla solitaria, escapando al amor de Carlos Lezama, el único hombre al cual ella quería, Jacqueline luchaba entre dos sentimientos dispares: para tratar de olvidarlo habíase recluido en el castillo. Y al no conseguirlo, por dos veces había ido hasta Burdeos, dispuesta a embarcar hacia el Caribe, y volviendo a ser la Corsaria Bretona, verse de nuevo frente al hombre que era su única ilusión.

Un leve crujido de unas botas sobre el tapiz, la hicieron abrir los ojos. Se estremeció y a duras penas ahogó un grito de espanto.

—Los ángeles deben contemplar así al demonio, Jacqueline —dijo Carlos Lezama, arrodillándose junto a ella. —Pero bien sabes que no soy más que un pobre diablo... Un pobre diablo que no puede vivir sin ti.

Ella hundió su bello rostro en el almohadón y dejó escapar de sus labios temblorosos un gemido en el que se mezclaban honda pena y la desesperante alegría de volverlo a ver...

Se levantó sobre un codo, sacudió sus esparcidos cabellos que le cubrían el rostro y asiendo la mano de Lezama la aplicó sobre su sien. Él sintió la tenue vena azul latir con fuerza.

—Tu mano es fría, Carlos… Calma mi pobre cerebro que enloquecerá.

Te advertí que era inútil combatir contra el destino escrito, Jacqueline— dijo él sentándose junto a ella—. Al pisar por vez primera suelo francés supe al verte que de ti en la tierra dependería mi felicidad[4]. Cuando averigüé que eras la corsaria bretona sufrí… Pero ¿yo quién era? Simplemente, el Pirata Negro. Podíamos unir nuestros destinos. Y tú, amándome, huiste de mí[5]. ¿Por qué? ¿Acaso podemos huir a nuestros pensamientos? Héme aquí de nuevo, Jacqueline. Si quieres ser la adolescente que renació en la isla solitaria, yo dejaré de ser el Pirata Negro. Lejos partiremos, donde nadie nos conozca, y todas las bellezas del mundo serán nuestras porque poseeremos el tesoro de un amor sin igual compartido. Si no puedes olvidar a la corsaria, ven conmigo, y donde el mar abra su encaje de espumas para el “Aquilón”, viviremos felices, dueños del “Aquilón” y dueños del mar hasta que éste nos sepulte juntos.

—¡Sí!… ¡Yo quisiera…! Coloca tus dedos sobre mis párpados; esto me aliviará. Creo que si pudiese llorar sufriría menos; pero no puedo.

Hubo un largo silencio, interrumpido sólo por la respiración entrecortada de Jacqueline. Lezama besaba de vez en cuando los párpados cerrados. Su mano izquierda estaba apoyada en el almohadón y los dedos femeninos enlazados con los suyos apretaban convulsivamente.

El aliento de Jacqueline, dulce y ardiente, acariciaba los labios de Lezama.

—No conozco el sabor de tus besos, Jacqueline. ¿Por qué atormentarte, torturándome? Si me quieres, ¿por «pié me huyes? Es vano escrúpulo contra el que no podrás luchar, detenerte a pensar que tú, una corsaria, no puedes ofrecerme la felicidad.

—No debiste venir, Carlos… Hubiese intentado olvidarte…

Carlos Lezama se puso en pie. Sonrió sin burla alguna, en sonrisa amarga y triste.

—Si a ti puede serte fácil el pensar que puedes olvidarme, entonces debo irme. Si tu amor sería la mejor de las limosnas para

Carlos Lezama, hay algo que se opone a que la reciba. Aunque tuviera que arrancarme el corazón a pedazos, yo no mendigo de quien cree poder olvidar. Encendiste un infierno en mi alma, Jacqueline. Si no quieres convertirlo en paraíso, quédate en tu castillo... y olvida que un día en tu camino se cruzó un pobre diablo que tuvo la debilidad de enamorarse de ti... y que pese a todo seguirá amándote porque él no puede olvidar.

Carlos Lezama besó una de las pendientes manos de Jacqueline, que no le miraba, y se dirigió hacia la ventana. Iba a atravesarla para saltar al jardín, cuando en su hombro se colocó una mano blanca.

—Quédate, Carlos... Yo soy la que mendigo la limosna de tu amor.

* * *

Jarnac de Lesperruy al llegar al linde del bosque que daba frente al castillo de Jacqueline de Brest, no pensaba ya en el español que le había igualado en sus retos forzudos.

Pensaba sólo en si vería, aunque de lejos, el rostro de la mujer que entrevista sólo una vez, había causado en él tan fuerte impresión. Se detuvo en seco, reprimiendo una malsonante maldición. Acababa de ver encaramarse por el muro norte, la inconfundible figura del mosquetero español... La figura del “fanfarrón” que había opuesto su puñal...

—¡Maldito insolente!—bramó Lesperruy—. ¡Entra por la ventana al interior! Debo... No, no es acción en la que puedo Intervenir... Ella misma le hará echar por sus lacayos... y entonces, sabrá este audaz canalla salteador de moradas, qué largo mide la espada de Jarnac de Lesperruy.

El gascón, mordiéndose las uñas, fué contándose mentalmente la serie de estocadas con las que dejaría el cuerpo del atlético español convertido en un cedazo. Debía entretener la espera que se prolongaba, y cuando en su mente no quedó ya un solo lugar anatómico de Carlos Lezama sin su correspondiente estocada, Jarnac de Lesperruy ensartó una tras otra una larga letanía de maldiciones.

¿También en aquel “juego” había ganado el español?

* * *

Fué ella la que al oír sonar los toques de un carillón, desprendióse de los brazos del único hombre que ahora en el mundo entero era el único que conocía el sabor de los besos de Jacqueline de Brest, “la inconquistable”.

—Debes marcharle, Carlos.

—La noche es joven, amada mía. No ha llegado aún la hora de la cena. Cuando apreso un tesoro...

—No puedo aún explicarte, Carlos. Pero te lo suplico. Vete... y mañana te explicaré.

—¡Oh, no!—dijo sonriente Lezama. —No, mi querida niña caprichosa. No quiero exponerme a una de tus “huidas”. Podrían renacer tus absurdos escrúpulos, y yo te juro que esta vez si huyeras, palabras de Pirata Negro te doy, que no te perdonaría. Volvería en tu busca... pero ya nunca más escaparías, porque juntos emprenderíamos el último de los viajes y envueltos los dos en sudarios, nunca, nunca más huirías de mí.

—Te lo suplico—dijo ella temblorosa—. Ahora no puedo explicarte. Pero por el amor que me tienes y por mi amor, ahora debes marcharte.

—Me reputan galante y siempre dispuesto a cumplir los deseos de las damas. Pero no correré un nuevo riesgo. ¿Recuerdas la isla solitaria donde inútilmente te llamé? No me avergüenza decirlo que una bruma especial se formó en mis ojos. Y no ha de repetirse...

—¿No sabes ver que no te miento ya? Quiero sólo evitar que quien ha de venir esta noche, pueda verte. Es hombre de influencia en la Corte y debo recibirlo. Viene de Burdeos para comunicarme asuntos de gobierno. No olvides que en París yo soy siempre Jacqueline de Brest — y sonrió ella tristemente—. Y por mi corazón, que es tuyo, te juro que mañana al amanecer, cuando aún el ruiseñor siga cantando, en esta misma ventana te aguardaré... Y partiremos donde quieras. Ahora sé ya que sólo contigo podré ser feliz., o intentaré volver a ser la adolescente que tuvo la desgracia de no conocerte a tiempo. ¿Me crees, Carlos?

—Quiero creerte. Dame tus manos y mírame en los ojos. Así, rectamente. Si, te creo. Hasta el amanecer, Jacqueline. Alboreará como siempre para los demás mortales, pero para nosotros será alborada que marcará el renacer de nuestra ilusión de antaño.

Besó las dos manos que aprisionaba y acercándose a la ventana,

subió a horcajadas encima de ella. Jacqueline corrió hacia él y apoyó sus labios en la frente atezada.

—Que renazca en tu espíritu la paz, Carlos, como tu presencia ha hecho renacer la calma en el mío. Hasta la alborada.

* * *

Jarnac de Lesperruy tembló de impaciencia contenida cuando vió asomar por la ventana el jubón rojo y el chambergo pardo. Pero una extraña transformación se operó en su mentalidad cuando percibió a Jacqueline de Brest besando con rendida expresión de amor la atezada frente del mosquetero español.

—¡Imbécil de mí! —masculló—. Dijo que él debía dirigirse a cita que ha tiempo había contraído. Dos tórtolos, y yo, olvidando que poseo la esposa más buena que el mundo creó. ¡Maldito sea por haberme dejado arrastrar a tal ridículo! Pero... si bien ya comprendo que no he de volver nunca más a este bosque, esto mosquetero va a saber lo que es un mosquetero rascón. No tiene él la culpa de nada, pero da lo mismo. Probará la frialdad de mi acero.

Carlos Lezama dirigióse al bosque, y lo atravesaba camino del mesón, cuando ante él una alta y robusta silueta se interpuso.

—Buenas noches, capitán Lezama. Jarnac de Lesperruy os saluda.

—¡Oh, oh!... Fea cosa es espiar, gascón. ¿Qué hacéis aquí? Si mis pasos seguisteis, vais a darme cuenta de ello.

—Así os quiero, español. Bravo y retador. Antes de que os atraviese el pecho de parte a parte, quiero dejar Ilion' claro que yo, Jarnac de Lesperruy, ni espío ni sigo los pasos de nadie. Vine aquí... porque vine.

—¡Leal explicación, a fe mía!

—Quiero decir... que, en fin, sabedlo. Tuve la debilidad de enamorarme de una mujer que sólo una vez vi. Y acudía todos los crepúsculos a este bosque para tratar de avizorarla desde lejos.

Carlos Lezama sonrió burlonamente, apoyando la diestra en la guarda de su espada.

—Mi querido señor. Es hora de cenar, a lo que me parece, y si no me engaño tenéis esposa que en vuestro hogar os espera.

¡Dejad en paz a mi esposa!

Podría deciros que vos sois quien debe dejar en paz ese bosque, porque es camino mío. Y ella, Jacqueline de Brest... es mi esposa.

—Os presento todas mis excusas, caballero—dijo contritamente Lesperruy saludando con amplio ademán de su. chambergo—. De haberlo sabido, bien me hubiera guardado de ofenderos.

—A nadie habéis ofendido adorando desde lejos. Es loa que tributáis a la sin par belleza de mi esposa. Pero a quien ofendéis es a la condesa de Kerdal.

A la luz de la luna y en el circulo abierto entre los árboles, fué visible la lividez que invadió el rostro de Lesperruy.

—¡Voto a sanes, español! ¡Guardaos vuestros consejos! ¡Desenvainad y demostradme que manejáis la espada como manejáis la lengua!

—¿Pelea queréis? ¿Por qué? ¿Os avergüenza comprender que la condesa de Kerdal no se merecía esta ofensa?

Exasperado, Jarnac de Lesperruy flameó al aire su tizona. Carlos Lezama cruzó los brazos, reclinándose indolentemente contra el cercano tronco de árbol. El gascón, creciente su exasperación, agitó la tizona ante el rostro del Pirata Negro.

—¡He dicho que desenvainéis!—rugió.

—Escuchadme, gascón impetuoso. Habéis surgido repentinamente en mí camino, cuando yo sólo pensaba en la felicidad de haber encontrado por fin a mi esposa. No os pido cuenta de ello, cuando la razón me asiste, y sin embargo vos, el culpable, vos a quien nadie ha llamado aquí me desafiáis?

—¡Charlatán sois! ¿Deberé abofetearos?

—Nadie ha tocado nunca mi cara, gascón. Alguno lo intentó y cría malvas que le nacen de la tierra que cubre su hoyo. Sea como queráis. Pero tened presente que eso ya no es un juego. Ni vos sois un tonel ni apostamos cincuenta luises de oro por una gotita de sangre.

—Menos hablar, ¡maldita sea! ¡Desenvainad! Os doy ventaja; usad también el puñal. Yo no lo emplearé... porque soy la primera espada de Francia.

—Erais, gascón. Lo erais... hasta que llegué yo.

—¡Condenado fanfarrón! — clamó Lesperruy en el colmo de la exasperación.

Y lanzóse a un ataque a fondo, prodigando varios mandobles con los que creyó suficiente para apartar la espada de Lezama. No pensaba matarlo, pero sí le heriría para que por “insolente y

fanfarrón” conservase una muestra de quién era el mosquetero Jarnac de Lesperruy.

Carlos Lezama, serenamente, soportó el aluvión de mandobles, limitándose a parar, sin romper la guardia ni retroceder. Con giros de muñeca fué deteniendo los latigazos de la espada de Lesperruy.

El gascón empezó a impacientarse. El español era mejor esgrimidor de lo que había creído. Abandono el ataque por la fuerza, para iniciar el ataque de habilidad.

Fintó una larga estocada al muslo y realizando la maniobra italiana del “serpenteo”, enlazó su cazoleta con la enemiga, levantando rápidamente la hoja adversaria. Y entonces se tiró a fondo, seguro de perforar el brazo derecho de Lezama.

Retrocedió de un salto y, por escasos milímetros, evitó que su propio brazo derecho fuera atravesado por la punta de la espada de Lezama.

—Estocada muy conocida, Lesperruy—sonrió Lezama defendiéndose ahora de varios molinetes que reciamente prodigó el irritado espadachín gascón—. Hacedme el honor de valorarme en más. Tratad de emplear una estocada más original o dejaréis de ser la primera espada de Francia. ¡Esa ya está mejor! La clásica “rapierada” del maestro Lecler... Enlace en cuarta..., traba en tercia y recta en sexta —cantó como los profesores de esgrima—. Pero... ya veis. Si no saltáis de nuevo hacia atrás, os hubiera embrochado...

Jarnac de Lesperruy echó mano de todo su repertorio. Esgrimía magníficamente y por espacio de tres minutos consecutivos llevó a la práctica siete estocadas de las que le habían valido, con justicia, el ser considerado la mejor espada del Reino.

Carlos Lezama, siempre sonriente, aunque el sudor invadía su rostro, debido al violento ejercicio, iba cantando las fases de cada estocada previniéndolas y contrarrestándolas con las defensas clásicas.

—Bien, caballero gascón. Hasta ahora os he dejado atacar... Empieza mi brazo a cansarse, y paso al ataque. Os lo prevengo. Nada tengo contra vos, pero, por terco y fanfarrón, quiero daros una clase gratuita de esgrima de alta escuela.

—¡El fanfarrón, lo sois vos! ¡Parad ésta, si podéis!

Y Lesperruy lanzóse al suelo cuan largo era. Su espada elevóse como una lengua de víbora y, cual saeta veloz, intentó morder la

muñeca derecha de Lezama. Otro esgrimidor no habría, podido evitar el desarme.

A duras penas consiguió Lezama detener, con tajo desde lo alto, la punta de la tizona de Lesperruy. La estocada “Nevers” era imparable, pero si milagrosamente fallaba, quien la lanzaba quedaba a la merced de su adversario, porque, tendido en el suelo, ofrecíase inerme al arma enemiga.

Carlos Lezama podía haber atravesado a su caído enemigo. Caballerosamente, no sólo no abatió su espada, sino que fingió perder el contacto con la empuñadura de resultas del contragolpe defensivo, y, así, dió tiempo a Lesperruy a que se pusiera en pie, de nuevo, con la espada en línea recta y defensiva.

Pero entonces fué el “simpático fanfarrón” el que obró caballerosamente. Descendió la hoja de acero colocando su punta en el extremo de su propia bota.

—Gracias, señor—dijo Lesperruy, y en sus mejillas se encendió un violento rubor. Le dolía reconocer que, por fin, había hallado quien le vencía—. No puedo seguir combatiendo con quien acaba de perdonarme la vida, haciéndolo elegantemente.

—¿Qué decís, señor?—preguntó Lezama cortésmente—. Resbalé mi mano y no pude perforaros como era mi Intención.

Repito las gracias ahora por vuestras palabras. Pero yo, Jarnac de Lesperruy, conozco la suficiente esgrima para saber que al fallar mi “botte Nevers”, que nunca me falló, estaba a vuestra merced.

—Como queráis. Agradezco que no sigáis combatiendo porque ya mi bravo empezaba a tener hormigueos... y creo que hubierais seguido siendo la primera espada de Francia.

—¿Lo creéis así?—preguntó jubiloso Lesperruy. Y su rostro se iluminó repentinamente de alegría—. ¡Vaya un "viva” por los dos mejores esgrimistas del mundo.

Lanzó un estentóreo “viva” y envainando, abrazó a Carlos Lezama.

—¡Hacedme ahora él honor de compartir la cena con la condesa de Kerdal y conmigo! Quiero presentar a mi esposa al único hombre en el universo que ha podido por tres veces igualar a Jarnac de Lesperruy.

* * *

Leonie de Kerdal trataba inútilmente de contener los sollozos

que pugnaban por estallar. Nunca Jarnac había tardado tanto, y sintió ella, la dulce y buena provinciana comprensiva, que un obscuro sentimiento de odio nacía en su pecho contra la "culpable". Contra la enigmática Jacqueline de Brest, que había venido a aquel apacible rincón para turbar con su presencia el idilio sin disonancias hasta entonces de su amor conyugal.

Lentas, desfilaron las horas... y, al fin, corrió ella a su alcoba. Había visto la gallarda silueta de su esposo, que entraba por el puente acompañado del mosquetero español que aquella misma mañana la había sorprendido con sus galantes frases.

Y, empolvada discretamente, para ocultar las huellas de su llanto, Leonie de Kerdal descendió a la antesala, al pie de cuya escalera Jarnac de Lesperruy designó con efusivo ademán a su acompañante.

—Linda Leonie, más linda que nunca. Permíteme presentarte al mejor de mis amigos. Capitán Carlos Lezama, bravo español, caballero a quien deseo honres con tu amistad como yo me honro con la suya.

Leonie de Kerdal correspondió con leve reverencia al profundo saludo de Carlos Lezama.

—Bienvenido seáis, caballero. Un amigo de Jarnac es amigo mío.

—Esta mañana, señora, no tenía aun el original privilegio de gozar de la amistad con la que ahora me favorece vuestro esposo.

—Pasemos a cenar, Lezama—apremió Lesperruy—. El ejercicio me ha abierto el apetito.

Y el gascón demostró que en la mesa era también de primera categoría. La condesa fué la que sostuvo la conversación al principio banal que inició Lezama.

—¿Pensáis permanecer algún tiempo por Kerdal?—preguntó ella.

—¡Ah, sí, es cierto!...—barbotó Lesperruy con la boca llena—. Olvidé deciros, Lezama, que si..., en fin si no pensáis habitar permanentemente en el castillo de Jacqueline de Brest, tenéis aquí vuestra casa.

—¿Jacqueline de Brest?—inquirió Leonie—. ¿La conocéis vos también, Jarnac?

—Era hasta esta noche mi prometida —intervino prontamente

Lezama—y será mañana mi esposa.

Los azules ojos de Leonie de Kerdal resplandecieron de súbita alegría.

Fingió atender a servirse fruta de la fuente que Lezama le tendía.

—¿Pensais residir en Kerdal? —interrogó sin demostrar la avidez con la que aguardaba la respuesta.

—Seguramente, no. Tan pronto pueda, partiré con mi esposa a otras tierras. Y si la suerte me favorece, será mañana mismo.

—¡Lástima!—masculló Lesperruy—. Por una vez que había encontrado un hombre de mi temple, debo perder su amistad tan fugazmente como se presentó.

Pero Leonie de Kerdal era ya feliz. Sabía que nunca más esperaría conteniendo sus lágrimas en la galería encristalada, porque el español, al llevarse a Jacqueline de Brest evitaría ese peligro.

Y aquella primera infidelidad platónica y romántica de su esposo no tendría repetición, porque en su fuero interno reconocía que no existía mujer que compararse pudiera a la bella y enigmática Jacqueline de Brest.

Y el resto de la cena fué para la condesa de Kerdal un recuerdo que en su mente perduraría, y era ya de su completo agrado el mosquetero español que por la mañana habíale dedicado galanterías y ahora acababa de dedicarle la mejor de las ofrendas: llevarse muy lejos a la responsable de las visitas de Jarnac de Lesperruy al bosquecillo.

Y, como esposa amante y comprensiva, no tildaba al gascón de culpable, sino que, inteligentemente, y sin envidia, reconocía que era lógico que tan gran belleza como la de Jacqueline de Brest atrajese al hombre que por su fama y arrogancia pudiendo casarse con dama de corte, había elegido a quien como ella, modestamente, se calificaba, era una ignorada provinciana.

Jarnac de Lesperruy, ajeno a los pensamientos que la tersa frente de su esposa ocultaba, devoraba pantagruélicamente y le satisfacía ver la alegría que mostraba el angelical semblante de Leonie de Kerdal.

Capítulo IV

Camino de Burdeos

Jacqueline de Brest apenas perdióse en el bosquecillo la silueta de Carlos Lezama, volvió a tenderse como ni un repentino desfallecimiento la apresara. Pero era sólo una suave laxitud la que invadía sus miembros y en su pensamiento sólo había ya una idea.

No quería luchar más contra su corazón: al amanecer siguiente partiría con Carlos Lezama y sería feliz, feliz…

La despertó de su ensueño la respetuosa voz de Becassine, la mujer que al frente de la servidumbre estaba siempre permanentemente en el castillo.

—La cena está servida, señora.

—No quiero cenar, Becassine. Puedes, si quieres, irte a acostar. Bastará con que quede un lacayo. Aguardo visita.

Becassine salió, pero no se fué a acostar. Ordenó a toda la servidumbre que se retirase al pabellón donde se alojaban, y ella quedóse a la espera. Desde hacía tres años estaba asalariada para mantener en buen estado el castillo de Ginzac, adquirido por Jacqueline de Brest.

Pero la vieja Becassine tenía muy desarrollado el instinto de la curiosidad y hubiera dado años de vida por saber cuál era el motivo que frecuentemente imponía a su señora repentinas ausencias… hacia el mar y no hacia la corte de París.

Una hora faltaba para la medianoche cuando una carroza tirada por briosos caballos se detuvo en el patio del castillo. Dándole escolta treinta jinetes ataviados como la gente de mar, descabalgaron y en posición de firmes, abrieron una humana galería por la que avanzó el que acababa de apearse de la carroza.

Era un hombre de recia complexión y altivo continente. Veíase

en él ni personaje acostumbrado a inundar. Vestía la ropa azul, de casaca abierta, con botones dorados, propia de los malinos de guerra.

Tocaba su blanca peluca con bicornio de comandante de nave. Sus botas sin lustrar y su corvo sable eran los complementos que indicaban al marico.

Pero lo que dejó boquiabierto a Becassine cuando salió a recibir al visitante fué darse cuenta repentinamente de que el marino tenía un rostro completamente imberbe y blanquísimo.

El afilado rostro no poseía cejas ni pestañas; sólo unos escasos pelos blancos, no por la vejez, pues el marino no tendría más allá de los treinta años, eran los que hacían las veces de pestañas. Y los ojos del visitante parecían cuencas de cristal rojizo.

Sin poderlo remediar, Becassine la bretona, se persignó. Era síntoma de mal augurio ser mirada por un “albino”. Y las pupilas rojizas del visitante clavábanse sin amenidad en el rostro de la estupefacta sirvienta.

—Condúceme donde se halle tu señora. Aguarda mi visita.

—¿A quién... a quién anuncio, señor?—preguntó ella, balbuciente.

—He dicho que me lleves ante ella.

Obedece pronto, o mis corsarios te sacudirán para despejar tu imbecilidad.

Becassine corrió más que anduvo, precediendo al marino. ¡Albino y corsario! Volvió a persignarse. El visitante no podía ser otro que el famoso Gars, “El Albino”.

* * *

Jacqueline hundía sus manos en un cofrecito de joyas, entreteniéndose en juguetear con ellas, mientras oía en el patio del castillo el resonar de los cascos de los caballos.

Limitóse a inclinar levemente la cabeza cuando en el umbral del saloncito se dibujó la figura del visitante.

—A tus pies, Jacqueline de Brest. ¿Puedo sentarme? Es largo cuanto he de decirte.

—Si para el Rey eres su más eficaz corsario, Gars, para mí eres un simple bandido con suerte. Y nunca, que yo sepa, te autoricé a que me tutearas.

Gars, “El Albino”, sentóse frente a la corsaria bretona, que,

segura de su identidad como dama de la corte, frunció el entrecejo altivamente.

—Por dos veces que lie ido a burdeos, un emisario tuyo me abordó. Me dijo que deseabas hablarme. En la corte tengo amigos tan influyentes como tú puedas tenerlos, y tu incorrección podrá ser castigada.

—El que ha de castigar, más tarde lo sabremos—dijo “El Albino” y, extrayendo del faldón de su casaca una larga pipa de blanco marfil, frotó la yesca, exhalando una gran bocanada de apestoso humo—. No sólo te tuteo, Jacqueline, sino que harto honor te hago con venir personalmente a visitarte.

—Pero ¿sabes con quién hablas, insolente?

—Abandona tu actitud de dama ofendida. Dime, bella, ¿qué diferencia haces tú entre un pirata y un corsario? Contesta. Es importante para ti el replicarme adecuadamente.

—Corsario es quien tiene autorización real para saquear flotas de otras naciones. Pirata, quien a su libre arbitrio y sin patente de corso, saquea a las flotas que le placen.

—Bien explicado está, bella. No en vano tienes en la corte reputación de mujer inteligente. Explícame, pues, ¿por qué diablos te llaman la Corsaria Bretona... si no eres más que un vulgar pirata?

Jacqueline de Brest no se alteró. Había adivinado una obscura amenaza en las palabras del corsario y ahora comprendía que Gars, “El Albino”, había descubierto su verdadera identidad.

—No sé a qué te refieres, y considero tan de mal gusto tus últimas palabras como tu libertad de gañán aldeano al fumar ante mí sin mi permiso.

Gars, “El Albino”, rió con grosera carcajada brutal.

Tus ademanes de gran dama han tenido engallados a toda la corte dura ule largo tiempo, bella. Pero tiempo es ya rio que cese el engaño. Escucha la historia que he venido a contarle, bella pirata. El Rey fletó la mejor rio sus carabelas para que yo la mandase. Tuve aciertos y rellené los cofres franceses del Estado. Cuando tocaba tierra e iba a la corte para dar cuenta de mi misión al Gran Almirante, varias veces vi a una dama que era llamada Jacqueline de Brest. Bella cual sol tras tormenta, eras para mí, basto marino, que nunca pensó en ti más que como se admira el sol. Lejano e inasequible. La última misión que el Gran Almirante me encomendó

fué la de dar muerte a un pirata español llamado el Pirata Negro. ¿Le conoces, bella?

—He oído hablar de él en el Caribe.

—¡Gata! Mentirosa eres, pero conmigo no ha de valerte. Sígueme escuchando. Navegué con mi carabela rumbo al Caribe. Surqué las aguas antillanas y nadie supo darme noticias de donde fondeaba el velero del Pirata Negro, pero, en cambio, fui oyendo distintos relatos: todos coincidían en un punto. Una corsaria bretona, mal llamada corsaria, porque eres una pirata sin autorización, era el señuelo tras el que el Pirata Negro corría enamorado. Algunas lenguas pretendían que tú, “la inconquistable”, rendiste tu corazón al pirata español. Corle esas lenguas. Por mi singladura cruzaron dos galeones españoles y los abordé. He venido a vaciar mis calas… y antes de visitar al Gran Almirante, ya terminada la descarga de los tesoros por mí apresados, he venido a verte… y desenmascararte.

Jacqueline de Brest extrajo del cofrecito un collar de perlas. Gruesas perlas de puro oriente que rodearon mi cuello alabastrino.

—¡Magnífico collar, bella! ¿Dónde lo robaste?

—En las mismas calas de donde tu robas. ¿Qué pretendes, Gars?

—De dos cosas, una. Delatada al Gran Almirante, tú grácil cuello de pirata será segado por el hacha riel verdugo. Si hablo, morirás de infamante muerte.

—No sabía que un corsario de tu renombre se rebajara hasta la triste faena de delator.

—Poco sabes de mí. La segunda proposición que tengo que hacerte es una debilidad mía. Quiero alcanzar el sol. Hay a bordo de mi carabela un camarote para ti. Jacqueline de Brest morirá, y sólo quedará a bordo de mi carabela una corsaria que compartirá mi lecho y mi yantar.

La diestra de Jacqueline de Brest cruzó rápidamente el aire, abatiéndose en sonoro bofetón contra la mejilla de “El Albino”, que enrojeció.

—El filo del hacha del verdugo será caricia gustosa que aceptaré, “Albino”. Pero así como nunca alcanzarás el sol, así nunca podrás jactarte de que yo, para salvar mi existencia, me entregué a un canalla como tú. ¿Te crees acaso que no sé de qué eres capaz? El hombre dispuesto a delatar hoy, lo está mañana. Cuando el sol

dejara de serlo para ti, me entregarías igualmente.



Una hora faltaba para medianoche...

Gars, “El Albino”, retorció sus poderosas manos, dominándose.

—Te quiero, bella, como el niño quiere al mejor de sus juguetes. Nada debes temer de mí. Siempre serás en mi carabela la reina de mi voluntad.

Jacqueline mordisqueó una (le las perlas. Señaló una luna de azogue que, colgada del muro, reflejaba el rostro de Gars, “El Albino”.

—Dicen los bretones que los albinos sois malvados y sin alma, Yo no creo en supersticiones, pero, óyeme bien, Gars, antes que tuya, prefiero ser del hacha del verdugo.

—Quizás cambiarás de pensamiento. Treinta hombres aguardan en el patio. Ahora mismo montarás en mi carroza y te alojarás en un mesón de Burdeos. En “El alegre grumete” tomarás tu decisión. Desde sus ventanas verás mi carabela anclada en el puerto. Allí estará tu vida. Y en el rumbo opuesto, tierra adentro..., allí estará el verdugo.

—Cuando quieras, “Albino”. No podía yo matarme y bendigo la muerte que me traes. Así... “él” pronto me olvidará, y le evitaré la deshonra de tomarme por esposa.

—¿“Él”? ¿Quién es él?

—Un hombre que tú no puedes comprender, porque lo que de

canalla tú tienes es todo lo caballero que él sabe ser. Y ahora, presta estoy a seguirte.

Levantóse ella, cogiendo un manto. Gars, “El Albino”, siguió tras ella, y para sus treinta corsarios, más que una prisionera, la mujer que entraba en la carroza, parecía una reina seguida de un lacayo.

La carroza emprendió rauda carrera hacia Burdeos.

La madrugada difuminábase ya en una naciente aurora grisácea, cuando el caballero Lesperruy fué sacado de su pesado sueño por las respetuosas sacudidas de su escudero.

Jarnac de Lesperruy frotóse los ojos atusóse los mostachos y tosió coléricamente.

—¿Qué horas son éstas de despertarme, calzonazos bribón?—murmuró en voz baja para no turbar el sueño de su esposa, que habitaba en vecina alcoba.

—Una mujer, mi capitán, una mujer que desea hablaros con toda urgencia.

—En el mundo no hay más mujer que mi esposa, bribonazo. Que se vaya enhoramala y vuelva a hora cristiana.

—Se llama Becassine y dice que lo que debe comunicaros os pondrá el cabello de punta.

—¿A mí? ¿A Jarnac de Lesperruy ponérsele el cabello de punta? Trae mi espada... No, es mujer la que tal insolencia dijo. Voy a verla. Le preguntaré si tiene esposo que se hace solidario de sus palabras.

A medio vestir y envuelto en su capa, descendió Lesperruy hasta enfrentarse en la antesala del castillo de Kerdal, con Becassine, la guardiana del castillo de Jacqueline de Brest.

—¡Señor, señor!—sollozó ella, arrojándose a los pies del gascón—. Ella era pirata... y el verdugo le cortará ¡el cuello... y Gars, “El Albino”, la ha raptado con treinta corsarios...

—¡Detén la catarata, buena mujer, maldita sea! ¿De qué me hablas?

—Me dijisteis, señor, que cuanto informe os diera sobre Jacqueline de Brest, mi señora, me lo pagaríais con largueza.

—Alto el galope. Eso era ayer, no hoy. Jacqueline de Brest... no sé quién es. Mi esposa es la condesa de Kerdal, y no existe en todo el planisferio otra mujer más que ella.

Pero os interesará, sin duda, saber, señor, que el mosquetero

español que habita en el mesón, no es tal mosquetero. Es el Pirata Negro.

¿Qué... qué dices, lengua loca? Bendice que tu edad y tu sexo me impidan degollarte para que no hables mas calumnias.

Becassine, algo asustada, sacó fuerzas de flaqueza y explicó que tenía por costumbre oír tras todas las puertas cerradas, si estaban cerradas conteniendo alguien que hablase. Explicó detalladamente la entrevista de Carlos Lezama con Jacqueline al crepúsculo. Y detalladamente explicó cuanto Gars, "El Albino", había dicho...

Jarnac de Lesperruy atusóse los bigotes.

—A leyenda me suenan tus relatos, buena mujer. ¿Y dices que al amanecer debía el... el mosquetero español visitar a tu señora?

—Sí. Y yo no quiero estar allí... con un pirata.

—El es quien no quisiera estar a solas contigo. Toma esta bolsa, y escúchame con atención. Cuanto ha pasado no lo has visto ni oído. Jacqueline de Brest sigue siendo Jacqueline de Brest, y mi amigo el mosquetero español es y será siempre mi amigo Carlos Lezama. No lo olvides, porque freiría tu lengua para comérmela con setas.

Jarnac de Lesperruy tiró una repleta bolsa a los pies de la bretona, y corriendo atravesó el patio hasta salir de las caballerizas poco después a todo galope. Amanecía...

* * *

Amanecía cuando Carlos Lezama ató las bridas de su caballo alrededor del tronco de un alerce al linde del bosquecillo que daba frente al castillo, donde iba a reunirse con su amada.

Era para él una alborada simbólica. Tras la cena en el castillo de Kerdal habíase retirado tarde al mesón, donde pasó la noche en vela, edificando las bases de su futura vida.

Dejaría de ser el Pirata Negro y donaría, el velero "Aquilón" a su fiel segundo "Cien Chirlos", para convertirse simplemente en Carlos Lezama, un hombre sin historia, porque viviría con Jacqueline de Brest en cualquier aldea al norte de Italia, donde nadie le conociera. Y su fértil imaginación transportábase a la región de los idílicos lagos alpinos, donde, entre pinares, ocultaría su hogar dichoso.

Plena su mente de dulces imágenes y lleno su corazón de paz espiritual, silbó alegremente, modulando con habilidad el trino de un ruiseñor. Repitió por varias veces los arpegios que, en melódica

cascada, debían advertir a Jacqueline de Brest de su presencia.

Daba frente a las ventanas de sus habitaciones... Una manaza robusta posóse encima de su hombro. Sorprendido, dió Lezama media vuelta para ver ante sí a Jarnac de Lesperruy.

—Buenos días, hidalgo—saludó el gascón.

—El día no nació aún, Jarnac. Es para mí una alborada a nueva vida. Por cierto, mis trinos os habrán hecho sonreír. Excusadlos, son licencias de enamorado. Pero... leo en vuestro rostro, habitualmente risueño, una cierta pesadumbre. Y no os amostacéis si os digo que no comprendo qué hacéis aquí a hora tan temprana.

—Tengo que hablaros y, creedme, que no sé cómo empezar.

Carlos Lezama, sonriendo, señaló las torres del castillo.

—Me es grato siempre oíros, Jarnac, pero en estos instantes os ruego que imitéis a los dos torreones. ¡Fijaos que mudos están! No quieren turbar el silencio, porque saben que

hoy alborea el día que me ha de convertir en otro hombre.

—Me juzgaréis lento y pesado, pero es preciso que hablemos ahora mismo, sin más tardanza.

—Vos sois un egoísta. Poseyendo la mujer más dulce, dócil, inteligente y comprensiva que he conocido, es lógico que no sepáis comprender la prisa que me atenaza. Puntuando: Jacqueline de Brest me aguarda.

—Marchóse esta noche. No volverá.

Carlos Lezama retrocedió un paso. Después, impulsivamente, asió por las vueltas de la capa al mosquetero gascón.

—¿Qué habéis dicho?

—Podéis soltarme, hidalgo. No es por sacudirme a mí que en el castillo aparecerá Jacqueline. Siento tener que decíroslo, pero quiero evitar vuestra desilusión al hallar vacíos los aposentos de vuestra prometida, Jacqueline partió a medianoche en una carroza. Lejos, muy lejos, y estoy en estado de afirmaros que no ha de regresar... nunca.

Carlos Lezama soltó la capa del gascón, abatiendo los brazos. Sonrió amargamente.

—Triste cosa es enamorarse de mujer que no sabe corresponder, Jarnac. Le ofrecí un hogar, paz del alma... y se fué. Prefirió ser la dama de corte a ser la humilde esposa de un ignorado español.

—No digáis lo que no es cierto. Ella os ama. Os ama como dudo

tal vez que mujer alguna pudo querer... exceptuando la mía.

—¿Cómo sabéis tanto de quien confesásteis no conocer?

—Sé más de lo que quisiera saber, señor Carlos Lezama. Sólo hay una cosa que admiro en un hombre: la fuerza, cuando se alía a la audacia y a la valentía. Y ante vos debo descubrirme, porque si fuerte sois, más audacia poseéis, Pirata Negro.

Inconscientemente, la diestra de Carlos Lezama, al ver descubierta su identidad, apoyóse en la guarda de su espada.

Jarnac de Lesperruy, al sorprender el gesto de alarma, atusóse el mostacho, pensativo.

—Sí, ya sé, señor Pirata Negro, que mi deber de mosquetero del Rey es deteneros. Todo pirata que pise m suelo fraileas será apresado, para que el hacha del verdugo le rasure la nuca. Pero... estoy en licencia temporal de reposo,., y, además, y por encima de todo, admiro al hombre que tan bravamente vino a Francia en pos... de la Corsaria Bretona.

—¿Sabéis... pues, quién ella es?.. ¡Hablad, voto al diablo! Demasiado informado estáis.

No os alteréis, porque no hablo como servidor de Francia y del Rey, sino como hombre valiente ante otro que quizá en valentía le supera. Yo no sé quién es el Pirata Negro, ni nunca lo lio visto. Sólo conozco a un mosquetero español llamado Carlos Lezama.

—Honra tal frase a vuestra caballerosidad, pero perdonad si no puedo apreciarla en todo su valor. En estos momentos sólo me apremia saber una cosa: ¿Dónde está ella?

—Donde no podréis darle alcance. Ha caído en poder del Rey.

Carlos Lezama dió media vuelta y se dirigió hacia su caballo.

—¿Dónde vais?—gritó Lesperruy.

—Donde ella está. Son dos cuellos los que ofrecemos al buen Rey de Francia. ¿No os dije que me iba a casar con Jacqueline de Brest? En el cesto, cuando el verdugo me haya decapitado, nadie podrá impedir que mi cabeza bese la de ella. Y tal boda nadie la impedirá.

—Sed menos impetuoso, ¡diablos! —gritó impetuosamente Jarnac—. No sabéis ni siquiera dónde tenéis que ir.

—¿Acaso los verdugos de la corte son muchos?

—No ensilléis aún, hidalgo. Palabra por palabra, os repetiré lo que oyó Becassine.

El relato de Jarnac, narrando la visita de Gars, “El Albino”, imprimió temblores de ira a las nervudas manos morenas de Lezama. Cuando el gascón finalizó su fiel reproducción de lo sucedido, Carlos Lezama le tendió la mano.

—Os recordaré siempre con afecto, Jarnac. Hombres de vuestro temple y hombría no abundan. Adiós—y se dispuso a montar.

—Deteneós, si amistad me profesáis. ¿Puedo indagar dónde vais

—Al mesón, a por mis hombres, y luego galopar camino de Burdeos.

—¿Qué pensáis hacer?

—Sea como sea, matar a Gars, “El albino”, no por delatarla, sino por ofenderla.

Gars, “El Albino”, es hombre prudente. Treinta corsarios le rodean prudentemente a sol y sombra. No está solo ni un instante. Siete espadas sumáis, aunque la vuestra valga por veinte. Pocos sois.

—Mataré a Gars, “El Albino”.

Era tal la expresión sombría del Pirata Negro, que Jarnac de Lesperruy no dudó que Gars, “El Albino”, perecería a manos del que sufría la mayor de las penas.

—Bien, como queráis, hidalgo. Vamos, pues, a Burdeos.

Y Jarnac de Lesperruy saltó a lomos de su potro.

—No, Jarnac. Os agradezco vuestro gesto…, pero vuestra esposa os aguarda en un hogar. El hogar que para mí Gars, “El Albino”, ha destruido. No debéis venir conmigo.

—Sólo Jarnac de Lesperruy puede impedir que Jarnac de Lesperruy haga aquello a que está decidido. Dije que iba con vos y sólo espada en mano podríais intentar detenerme. Y reservad vuestras fuerzas para matar al canalla de Gars, “El Albino”.

Camino de Burdeos, ocho jinetes galopaban desenfrenadamente. Seis de ellos, pese a espolear duramente los ijares de sus monturas, distaban media legua de los dos mosqueteros que iban en cabeza.

Y también, en aquel combate de velocidad, los dos caballos de los mosqueteros igualaban sus fuerzas. Carlos Lezama y Jarnac de Lesperruy, agitados por distintos sentimientos, galopaban rodilla contra rodilla…

Capítulo V

La isla solitaria

"El alegre grumete" rezaba el cartelón que pendía sobre la vasta entrada a la mejor hostería de Burdeos. Sólo la frecuentaban marinos de graduación y ricos comerciantes.

No fué muy del agrado del mesonero ver, a media mañana, detenerse ante su puerta ocho caballos, del primero de los cuales, encabritado y levantado de manos, se apeaba de un salto un mosquetero español.

Los polvorientos uniformes y los sudorosos flancos de los caballos hablaban de una larga carrera sin etapas.

Jarnac de Lesperruy desmontó y corrió para llegar con Lezama al mismo tiempo donde, bonete en mano, aguardaba el posadero.

—Gars, "El Albino" —dijo secamente el Pirata Negro.

—¿Quién decís, señor?—preguntó el posadero.

—Aparta, buen hombre—intervino Jarnac, empujando al barrigudo y corpulento patrón del "Alegre grumete"—. Mosqueteros del Rey en misión de servicio. Condúcenos a las habitaciones de Gars, "El Albino".

Los seis piratas, obedeciendo órdenes anteriores, habíanse desplegado estratégicamente, dando vista a las dos únicas salidas del mesón. Deseaban ya ver asomar la figura de un corsario, porque desde hacía más de un mes no habían peleado con nadie y esto les ponía de mal humor.

—¿Gars, "El Albino", decís?—habló el mesonero—. Partió de madrugada.

—¿Dónde?

—Al mar. Levó velas su carabela.

A las ocho era aún visible la figura, de la "Vengeance", pero a

estas horas ya la carabela distará de la costa millas y millas.

No comprendió el mesonero el gesto de trágica desesperación que se dibujó en el rostro atezado del mosquetero español. No podía saber que en el pensamiento de Lezama una horrible duda acababa de nacer: ¿acaso Jacqueline de Brest, mujer joven, había al fin sucumbido al temor de una próxima muerte a manos del verdugo y había accedido a aceptar el amor de Gars, “El Albino”?

Jarnac de Lesperruy vió de reojo las gruesas gotas de sudor que resbalaban por la frente de su amigo.

Asió por el delantal de cuero al ventrudo posadero.

—Gars, “El Albino”, llegó a tu pocilga acompañado de una dama. ¿Fuése también ella?

—No, mi señor. Ella está aún en su alcoba.

—¡Raudo a ella, malandrín!—exclamó gozoso Lezama, empujando precipitadamente al posadero—. Ya mismo estamos donde ella está.

Jarnac de Lesperruy se atusó complacido el bigote, mientras veía al posadero subir rápidamente la escalera que conducía al piso alto. Las grasas del posadero temblaban, no a efectos de miedo, sino a efectos de la velocidad con la que le obligaba a correr “el diablo moreno”.

—Esa... esa es, señor, la alcoba de la dama. ¿Me necesitáis?

—Huye lejos de mi vista, gordinflón. Y toma por tu buena estrella.

Recogió el posadero con fruición la repleta bolsa que a sus pies había tirado Lezama y descendió las escaleras, mientras Carlos Lezama, conteniendo con una mano los agitados latidos de su pecho, apoyó la otra en la puerta de madera.

Llamó al principio suavemente, después con más sonoridad. Impacientóse y golpeó ya con fuerza.

—Soy yo, Jacqueline. Hondo sueño el tuyo.

No obtuvo respuesta. Aplicó entonces el hombro sobre la puerta y con salvaje acometida hizo saltar los potentes goznes. Entró impulsado por el esfuerzo y se detuvo al borde del lecho... donde Jacqueline de Brest dormía profundamente.

Perdona, bella huidiza. He entrado poco ceremoniosamente, pero...

De pronto, el Pirata Negro, arrodillado, palpó frenéticamente la

mano blanca que había asido al arrodillarse. La cubrió de besos..,.

Jacqueline de Brest no se movía. La palidez de su tez hacía pareja con la blancura de las perlas que en el cuello lucía. El collar dibujaba un arco caprichoso; tres de las perlas estaban sujetas entre los rojos labios de la bella corsaria.

Vestida de blanco enteramente, en sus cabellos negros un lazo blanco ponía una nota cándida. Semejaba una adolescente que, dormida, soñara con su príncipe azul... Una tenue sonrisa vagaba por sus labios, entre los que las tres perlas rivalizaban en blancura con menudos dientes.

Por espacio de cinco minutos el Pirata Negro permaneció como petrificado. Formaba un grupo inmóvil la pareja de la bella durmiente y el arrodillado mosquetero, cuya frente ardorosa apoyábase contra la yerta y fría mano que pendía del lecho donde ella reposaba.



Jarnac de Lesperruy no comprendía la razón por la que Gars, “El Albino”, estaba en la mar y Jacqueline de Brest quedaba libre en una alcoba del mesón del “Alegre grumete”.

—Ven acá, belitre—llamó al posadero—. No has mentido y la dama debe estar arriba, porque mi amigo no ha venido ya a abrirte en canal. Cuéntame cuanto sepas desde que llegó Gars, “El Albino”, hasta que se fué. Diez luises te daré por las verdades que me digas; diez puñadas por cada mentira.

—Llegaron a las tres de la madrugada. La dama se encerró en su alcoba y el corsario estuvo por espacio de dos horas paseando por mi sala. Subió a la alcoba..., no estuvo más que un minuto y descendió rápidamente. Serían hacia las cinco. Oí como ordenaba a uno de los postillones de la diligencia que entregase al Gran Almirante un pergamino en el que acababa de escribir. Y poco después me llamaba para decirme que se marchaba y que la dama no fuera molestada. Él y sus treinta corsarios tomaron el camino del puerto, y poco después la carabela “Vengeance” se hacía a la mar. Eso es cuanto sé, mi gran señor generoso.

—Raro asunto, a fe mía, Toma los diez luises y tráeme vino sin bautizar.

Jarnac de Lesperruy, tras beberse dos jarras, levantó la vista, de pronto, sorprendido.

En lo alto de la escalera, Carlos Lezama estaba detenido, portando en sus brazos el exánime cuerpo de Jacqueline de Brest. La silueta femenina, inerte y vestida de blanco, sin color en las mejillas, impresionó extrañamente al gascón.

—¿Desvanecida por la grata sorpresa?—balbuceó Jarnac.

En silencio, el Pirata Negro fué descendiendo el resto de los escalones. Jacqueline de Brest, en sus brazos, seguía sonriendo tenuemente.

—Ella... ha regresado a su isla solitaria.

La ronca voz del pirata y sus encendidos ojos, que aparecían como repentinamente hundidos en sus cuencas, fueren más comprensibles para Lesperruy que las palabras que había pronunciado.

—¿La mató?—preguntó en voz baja, pesaroso.

—Ella... ha regresado a su isla solitaria—repitió Lezama en ronco murmullo.

Mantenía la cabeza erguida, e inmóvil ante Lesperruy personificaba la estatua de la desesperación. El gascón se descubrió lentamente el chambergo.

—¿Qué podemos hacer, Carlos?— preguntó sin saber qué decir. Era poco ducho en el arte de pronunciar frases de consuelo, y comprendía también que el hombre que ante sí tenía estaba sufriendo con tanta intensidad que eran vanas cuantas palabras dijera.

—Vos conocéis Burdeos, Jarnac. Conducidme donde el cirujano embalsamador.

—¡Hola, posadero! —gritó vivamente Lesperruy, para quien la actividad sirvió de escapatoria a la embarazosa situación—. ¡Tu mejor carroza en la puerta!

Carlos Lezama permaneció con la cabeza erguida, mirando frente a sí, sin ver, hasta que Jarnac de Lesperruy le tocó delicadamente, con aprensión en un hombro.

—Venid. Ya... está la carroza. Os acompañaré.

Llevando en brazos a la muerta, Carlos Lezama andó con pasos lentos de autómata. La vida parecía haber huido de su semblante; ningún músculo de su cuerpo parecía vibrar cuando sentóse en la carroza, manteniendo sobre sus rodillas y abrazada contra su pecho a Jacqueline de Brest.

Jarnac de Lesperruy subió al pescante, junto al conductor.

—Al paso de tus caballos, sin traqueteo, llévanos a casa de Messire Robin.

La carroza de alquiler púsose en marcha y el pausado y monorrítmico repicar de los cascos de los caballos semejaba un sordo redoblar lento de tambores fúnebres.

* * *

Messire Robin examinó a los dos mosqueteros que acababan de entrar en su casa. Uno de ellos, silencioso, mantenía entre sus brazos el cuerpo de una mujer vestida de blanco.

—Embalsamar, messire — dijo lacónicamente Jarnac de Lesperruy.

—Necesito la autorización del Alcalde Mayor—replicó el cirujano.

Carlos Lezama depositó a la muerta encima de la gran mesa de madera que estaba en el centro de la sala. Su diestra descendió hacia la guarda de su puñal.

Jarnac de Lesperruy, como por descuido, apoyó su mano sobre el antebrazo del Pirata Negro. Con la otra extrajo de su faltriquera un documento sellado con las divisas reales.

—Leed, cirujano. Firma el Rey y dice en ese decreto que el capitán de mosqueteros Jarnac de Lesperruy será obedecido sin discusión cuando ordene actos para los que se requiera autorización legal. El tiempo apremia. Asid vuestros instrumentos y proceded al embalsamamiento.

El cirujano devolvió la autorización real al gascón. Jarnac asió del brazo a su amigo.

—Después la veréis, Carlos. Os suplico que abandonéis este silencio y esta sala. El golpe es rudo... No lo agravéis viendo los manejos de Messire Robin.

Dócilmente, Carlos Lezama dejóse llevar a la vecina estancia. Sentóse en el escabel que Jarnac le tendió Cubrióse el rostro con las manos y, por unos instantes, Jarnac de Lesperruy hubiera deseado hallarse a cien leguas.

Algunos pelos de los mostachos rubios del gascón quedaron arrancados de raíz, ante los enérgicos tirones con los que su dueño pretendía dominar su emoción.

Al fin, Carlos Lezama apartó las manos de su faz.

—¿Podría, Jarnac, pedir de vos el mayor de los favores?

—Cuanto pidáis, dadlo por hecho.

—¿Qué tiempo emplearíais en ir y venir de París?

—Reventando tres caballos, el día entero.

—¿Conocéis al Gran Almirante?

—Lo suficiente para que él sepa quién soy.

—Pedidle cuál es la misión y a qué aguas fondeará Gars, "El Albino".

—Lo sabréis antes de medianoche. ¿Dónde os hallaré?

—Aquí mismo.

Jarnac de Lesperruy abrazó al Pirata Negro. Entró en la sala donde ya Messire Robin procedía al difícil arte de embalsamar.

—Franca habitación para mi amigo, messire cirujano. Orden del Rey. Esta noche regresaré. Y esmeráos. Os pagaré con largueza.

* * *

Carlos Lezama consiguió pensar sólo en una carabela que navegaba mar adentro y en un hombre de blancas cejas de albino y pupilas sanguinolentas.

Las palmas de sus manos sangraban y alguna de sus uñas se partió mientras mantenía las dos manos estrechamente entrelazadas.

Messire Robin entró en la sala. Llevaba en las manos un collar de perlas.

—Dieciocho perlas, caballero, son las que componían este collar. Una de ellas estaba vacía y llena de "aqqua toffana". Esta agua, veneno activísimo, es la que ha causado la muerte de la dama. Quedan aún en

sus labios residuos de la perla rota y del veneno florentino.

—¿Creéis, entonces, que ella puso fin a su vida voluntariamente y sin intervención de mano asesina?

—Es evidente que así fué. La dama murió porque aplastó entre sus dientes la perla vacía llena de veneno. Tengo entendido que hay camafeos portando también veneno..., pero es costumbre poco usual en la corte. Sólo quien arriesgada vida lleva, emplea estas artes.

—Seguid con vuestro cometido, messire.

—No vine sólo para deciros eso. En el corpiño de la dama crujió este pergamino. Vos sois quien la acompañáis. A vos, pues, es a quien pertenece leerlo.

Messire Robin tendió el pergamino y salió de la estancia.

Carlos Lezama estrujó con mano febril fas últimas líneas de Jacqueline de Brest. Tardó en leerlas. Para ello tuvo que aguardar a que sus ojos quedaran de nuevo enfebrecidos y secos de las lágrimas que pugnaban en ellos.

La letra clara y redondeada de Jacqueline de Brest no tenía el menor rasgo tembloroso. Para un grafólogo habría sido la carta de una enamorada feliz.

"En una alcoba de mesón. Burdeos. Abril, del año de gracia 1699.

"Una mujer que ama y va a morir, suplica a quien esto leyere lo haga llegar a manos de Carlos Lezama, el Pirata Negro. Dios bendiga a quien de mí se apiade y cumpla este mi último deseo."

Tras este prefacio, escrito con letra clara y mayor, Jacqueline de Brest había seguido escribiendo con letra menuda y grácil:

"Apenas hace unas horas tu frente besé, Carlos. Si todos los hombres poseyeran tu nobleza de alma, yo nunca habría sido la corsaria bretona. Tarde se cruzaron nuestras sendas, pero supiste devolverme la fe y renació en mí la adolescente a la que tu sangre donaste en la isla solitaria. Apenas me dejaste, construí en tu ausencia nuestro hogar ideal. Sería nuestro dominio la isla en la que, a la usanza pirata, contrajimos enlace.

"Pero subsiste en mí una pertinaz duda; tú sólo podías darme la felicidad, ¿pero yo podía dártela por entero? Tarde o temprano invadiría nuestra isla solitaria el fantasma de lo que fui. La sangre de seres inocentes por mí derramada, enturbiaría con rojizos velos la apacible existencia que yo quisiera haberte podido conceder.

"El Destino ha interpuesto su sabia mano. ¿Recuerdas la visita de que te hablé? El Destino se sirvió de Gars, "El Albino" para resolver mi intrincada situación sentimental. No tenía ya fuerzas para rehuirme a la dicha que me ofrecías y tarde o temprano, yo, como Jacqueline, moriría a tus ojos para ser solamente la mujer que asoló Cayo Santiago y por cuyas órdenes miles de cadáveres clamaban justicia. Justicia va a ser hecha.

"No quiero luchar contra los designios del Destino. Gars, "El Albino", me ofrece a elegir entre el hacha del verdugo y el hierro candente de su bastarda pasión. Acaba de salir de mi alcoba dándome dos horas de tiempo para decidirme. Las empleo en escribirte. Mi mano izquierda cuenta las perlas de mi collar; una de ellas me concederá la

huida definitiva y así nunca podré reprocharme el haber sido la culpable de tu desgracia. Y tu desgracia sería el casarte conmigo. Cuando mis dientes rompan la perla que contiene el veneno florentino, mis labios murmurarán tu nombre. Y con él en los labios moriré.

”Que tus ojos audaces no se empañen por llanto que no merezco. Tu alma noble encontrará alma gemela... Celos tengo de la mujer qué te haga olvidarme, pero por la paz de tu espíritu, de todo corazón, te deseo que el caballero Carlos Lezama halle la esposa que merece.

"Mientras, larga vida deseo al Pirata Negro, al alegre pirata de carcajada burlona y rostro de águila intrépida. Cuando tu “Aquilón” navegue en las olas oscurecidas por la noche y plateadas por la luna, mira al cielo, Pirata Negro. La más grande de las estrellas contendrá mi alma, que te contemplará siempre amorosamente.

”Adiós, Carlos. Seré pronto una errante sombra más en la isla solitaria de van los cuerpos sin aliento... Pero en el aire flotará siempre el hálito de mi amor por ti, el amor más bello que existir pueda, porque murió sin saciarse. Adiós... y obedece mi último ruego. Aleja la tristeza que, sin poderlo remediar, debo causarte. Que seas siempre el alegre Pirata Negro, el alegre y caballeroso Carlos Lezama, de amable sonrisa. No quiero ver nunca en tu rostro sombra de tristeza... Porque te veré, ¿sabes?, y el parpadeo de la estrella mayor que alumbre tu camino besará tu alma.

Jacqueline.”

* * *

Juanón y “Piernas Largas” llevaban más de media hora meditando y estaban agotadisimos por este desusado esfuerzo. Junto con los otros cuatro piratas aguardaban en la calle, frente a la morada del cirujano Messire Robin.

Juanón señaló a “Piernas Largas” la casa del cirujano.

—“Ella”... era la que “él” nos dijo que era un espíritu, allá en la isla solitaria. Y debió el espíritu evadirse de la isla y venir a la Francia. ¿Tú no lo crees así?

—En Chiclana, donde nací —habló “Piernas Largas” con absoluto convencimiento—, contáronme de mocoso caso harto raro. Decían las viejas sabihondas que esos fuegos que vuelan alrededor de los cementerios son espíritus de enamorados que pasean por parejas. Ya todo lo creo posible. “Ella” no volvió al barco, y ahora en cambio “él” la lleva en brazos hasta aquí.

—Cose los belfos—susurró rápidamente uno de los piratas, descubriéndose.

En la puerta de la casa de Messire Robin, el Pirata Negro acababa de aparecer. En su demacrado rostro una sonrisa pugnaba por dibujarse.

—¡Ven acá, Juanón!

El pirata de rojos mofletes y boba expresión avanzó corriendo.

—¿Qué tienes tú aquí dentro?—le preguntó Lezama, asestando un puñetazo en la parte izquierda del pecho de Juanón.

—Huesos, señor — replicó Juanón, retrocediendo medio asustado.

Una dolorosa carcajada distendió los cansados rasgos faciales del Pirata Negro.

—Tú lo has dicho, bellaco. Huesos sólo y así te luce el rostro como una manzana sazonada. Debo reírme, ¿sabes?, para que “ella” nunca llore allá en su isla solitaria. Ahora, decidme, mis valientes, ¿os harta ya el vestir decentemente y no poder soltar tacos ni beber hasta rodar bajo la mesa, ni pelear hasta que los músculos giman? Decidme, ¿os harta?

—Si, señor—contestaron al unísono los seis piratas.

—Terminó, pues, vuestro martirio. Iréis al puerto, y en el muelle de los pescadores mercaréis lanchón velero de clase. No podemos aguardar al galeón correo. Tú, Juanón, llévate mis dos cofres de viaje. Y vacíalos mercando provisiones y barco que nos ha de llevar donde el “Aquilón” nos espera allá, en la costa mejicana. Mercad cuanta vela sea precisa para que la cáscara corte el agua como flecha. Y comprado el velero, echad al agua vuestro ropaje y vestid calzón corlo, pierna desnuda y camisa de pescador. Regresa a buscarme, Juanón, y esta misma noche nos haremos a la mar. Id ya, presto.

* * *

Jarnac de Lesperruy llegó a las once y media de la noche, jadeante y sudoroso. Bajo sus recias piernas, siete caballos habían caído exhaustos. Encontró a Lezama sentado ante el diván donde, embalsamada, Jacqueline de Brest semejaba dormir. Pero su sueño era eterno, sin despertar.

—Antes no pude llegar, Carlos—jadeó el gascón—. Sé cuanto querías saber. Gars, “El Albino”, navega rumbo al Caribe y piensa

costear por el Yucatán. Y... tiene por misión apresar vivo o muerto a... al Pirata Negro.

—Graciosa coincidencia. El y yo nos buscamos, y por testigo os tomo de que yo abré encontrarlo. ¿Por qué me persigue él?

—Dicen en la corte que un audaz pirata español vació las calas del "Marie-Jeanne"[6], que conducía fondos reales. También dicen que el pirata español se portó caballerosamente. Dió vida salva a todos los tripulantes y el capitán reconoce que, más que ante un pirata, creyó hallarse ante un caballero. Pero el Rey no entiendo de matices; para él, un pirata es siempre un pirata. Y ha ordenado que, donde sea hallado, se dé muerte al Pirata Negro.

—Del Rey sois súbdito y servidor, mi buen Jarnac. ¿A qué esperáis para cumplir sus órdenes?

—Estoy... de licencia y en reposo, señor hidalgo. ¿Habéis puesto ya en claro la causa del precipitado viaje de Gars, "El Albino"? El gran Almirante ha ingresado ya en las cajas del Estado las riquezas que el corsario trajo y atribuye a celo de Gars, "El Albino" su rapidez en ponerse de nuevo en ruta en pos del Pirata Negro.

—Claras están las cosas que ocurrieron, Jarnac. Cuando Gars subió para oír qué decisión ella había tomado y vióla muerta, pensó que no era conveniente que pudieran hallarle en tal compañía. Era su deber, como corsario, delatar a Jacqueline e impedir que ella misma se diera muerte. Y para no tener que dar explicaciones del por qué no había entregado a una corsaria-pirata, se hizo a la vela... como yo dentro de unos instantes haré.

—¿Partís?

—Tan pronto traigan el ataúd de vidrio que para ella he pedido. Para mi siempre dormirá, y nunca muerta estará Jacqueline de Brest allá en su isla solitaria.

Jarnac de Lesperruy estuvo un largo instante abrazado a Carlos Lezama, tras que los seis piratas, vestidos de pescadores, subieron respetuosamente a bordo del velero recién adquirido un ataúd de vidrio.

—Adiós, español. En el castillo de Kerdal siempre habrá una habitación para vos.



...como el velero...

—Adiós, Jarnac. Y creedme—sonrió, tristemente Lezama—, no vaguéis nunca por bosquecillos ajenos al castillo de Kerdal. ¿Creéis, acaso, que yo sería pirata si en mi camino hubiera hallado mujer tan comprensiva y dócil como la dulcísima condesa de Kerdal? Besad en mi nombre sus manos, y os prometo que de vez en cuando adquiriré noticias de vos. Si la condesa de Kerdal llorase por infidelidad vuestra, vendría a veros y quedaría entonces aclarada cuál espada es mejor, si la vuestra o la mía.

—Las dos, las dos son las mejores —dijo Jarnac de Lesperruy riendo—. Y la condesa de Kerdal no necesitará que la venguéis, porque muerta Jacqueline de Brest, no hay en el mundo mujer más bonita que mi esposa.

Volvieron a abrazarse los dos hombres e instantes después contemplaba desde la playa el gascón cómo el velero, portando a los seis piratas, doblaba el cabo de salida, perdiéndose mar adentro.

En cubierta, junto a un ataúd que transparentaba la figura de una mujer tendida y blanca cual vaporosa nube, un hombre arrodillado apoyaba su cabeza sobre el cristal.

Jarnac de Lesperruy sintió frío repentinamente. Pensaba en que

por nada del mundo hubiera querido estar en la piel de Gars, “El Albino”.

Capítulo VI

La carabela corsaria

Los astilleros navales franceses, al construir la “Vengeance”, habían hecho de la carabela un verdadero fortín flotante.

Si en su estructura habían empleado las maderas más resistentes, reforzándolas con hierro, en el rectángulo comprendido entre los altos puentes de proa y popa colocaron las más potentes baterías de que disponían los almacenes de la artillería naval.

Y los ingenieros constructores lograron aunar las fuerzas con la ligereza. El casco de la carabela “Vengeance” era en apariencia pesado, pero su carena hendía suavemente el agua cuando todo el gigantesco velamen de la carabela se desplegaba, empequeñeciendo las lonas la real voluminosidad de la estructura.

Componían la tripulación trescientos corsarios franceses, elegidos cuidadosamente por el propio Gars, “El Albino”.

Para la concesión al ex pirata de su patente de corso, que le autorizaba a pillar, saquear e incendiar con el beneplácito real, habíase tenido en cuenta las dotes especiales del carácter del albino.

Gars no poseía apellido porque desconocía su origen. Una campesina pi— carda había encontrado en el campo dos cestos de mimbre y antes de llegar junto a ellos adivinó su contenido por los lloros infantiles que del interior brotaban.

Eran dos gemelos de distinto sexo, y la campesina habíalos bautizado a la usanza picarda: "Gars”, al mozo, “Garce”, a la niña. Crecieron ambos gemelos en el establo; en invierno, el calor de las bestias les abrigaba; en verano, chapoteaban con los cerdos en los charcos apestosos. La sed la calmaban asiendo glotonamente con sus bocas ávidas las ubres calientes, y su hambre sólo podían saciarla encaramándose en los frutales y mordiendo las ácidas

manzanas de la campiña picarda.

Crecieron libres de toda influencia cariñosa. Eran para la campesina que los recogió dos animales más que tenían que suministrar un duro esfuerzo. Los gemelos adquirieron una selvática fortaleza física, pero sus mentes se hicieron despiadadas y hostiles. Y aumentó en ellos su odio al resto de la humanidad cuando, adolescentes, tuvieron que soportar las burlas primero y luego el temor de los que, por ser albinos, les huían como apestados.

Gars desapareció un día sin avisar a su hermana. Garce lloró por vez primera... Como moza de granja, muy trabajadora y resistente, siguió laborando incansablemente, pero a ella le estaba vedado el reposo dominguero con su matinal paseo a la iglesia y por las praderas.

Y por las tardes del domingo, mientras en el rústico baile resonaban los compases de violines poco acordados y las risas vulgares de mozas y mozos, ella ocultaba su blanco cabello, sus cejas ralas y sus párpados de blancas pestañas.

Y cuando al anochecer la campiña se poblaba de parejas amorosas, en las rojizas pupilas de Garce destellaba el odio a la humanidad y a la naturaleza a la cual culpaba de su desgracia.

Tenía Garce veintidós años cuando empezó a circular por las aldeas un rumor: decíase que asolaba los mares un pirata francés picardo, al cual llamaban Gars, “El Albino”.

Piedras rompieron los cristales de los establos en la granja donde trabajaba Garce. La hostilidad fué creciendo. Los picardos pretendían que si Gars asolaba el mar, Garce, con el maleficio de sus ojos rojizos, mermaría las cosechas y secaría las ubres vacunas.

Una noche en que Garce no podía resistir más, huyó de la aldea picarda. Recorrió la Normandía, pero en las ferias seguíase hablando de Gars, “El Albino”.

Tuvo que ser en un mesón portuense de la costa normanda, donde Garce prestaba sus servicios como moza, donde un marino, al ver su cabello blanco y sus pupilas rojizas, hablóla de Gars, “El Albino”, que no era ya un pirata perseguido y maldecido, sino un caballero corsario, recibido por el Rey de Francia y condecorado por el Gran Almirante.

Enteróse ella que la escala más frecuente de los buques corsarios, cuando tocaban en Francia, era el puerto de Burdeos.

Ofrecióse como moza en una posada de Burdeos y un anochecer oyó como un marino borracho hablaba de la carabela “Vengeance”, anclada en el puerto y mandada por Gars, “El A bino”.

Las pupilas de Garce se dulcificaron; subió a su mísero cuartucho, hizo un hatillo con sus pocas prendas andrajosas y fué al puerto. En la pasarela del “Vengeance” un corsario la empujó brutalmente cuando ella preguntó por Gars, “El Albino”.

—¡Fuera pordioseras!—gritó el corsario agitando su sable—. Por ser tú albina, ¿crees que mi jefe te dará plata?

—¿Dónde está Gars? — preguntó ella solamente.

—Fuése al interior, allá, en Kerdal.

Grace descendió la pasarela y sentóse en el muelle. Miraba el agua restallar blandamente contra el voluminoso casco de la carabela. Pasó la noche entera sumida en extraño éxtasis contemplativo.

A las cinco de la madrugada, treinta corsarios formaron una humana galería, entre la que un alto y hercúleo marino pasó, más pálida que nunca su tez de albino.

—¡Gars!—llamó una tenue voz. Sin embargo, Garce era poseedora de una voz fuerte y bien timbrada. En su temperamento, educado bestialmente, sin cariño y rodeada siempre de odio, había sólo una brecha al sentimiento: el cariño que, sin ella saberlo, sentía por su hermano.

Gars, “El Albino”, se detuvo, con el ceño fruncido. Miró de pies a cabeza a la moza desaseada y albina que le contemplaba mudamente.

—¿Qué quieres?—preguntó con sequedad.

—¿No me conoces, Gars? Soy tu hermana. Soy Garce.

—Ya lo vi—rebatió con más sequedad el corsario—. Y te pregunto, ¿qué quieres?

Ella no halló palabras para expresar lo que oscuramente sentía y hubiese querido manifestar. Que estaba al fin de su resistencia, que ya los insultos y el odio de los demás la herían menos que la indiferencia absoluta que rodeaba su vida.

Gars, “El Albino”, rebuscó en los bolsillos de su casaca. Sus manos llenas de monedas las fueron desparramando por el suelo a los pies de su hermana. Ella no se movió.

—Ahí tienes dinero suficiente para vivir hasta mi regreso.

Espérame, y cada vez que me veas, más dinero te daré. Cógelo. Al tú quedarte sola, malandrines del puerto podrían robártelo.

—Al yo quedarme sola, Gars, me tiraré al agua...—dijo ella, sombríamente.

El corsario, que había puesto ya el pie en la pasarela, dió media vuelta, sorprendido.

—¿Tirarte al agua, infeliz, y a tus pies hay una fortuna?

—No quiero dinero ni fortuna. Sólo quiero alguien con quien hablar, alguien que pueda comprenderme, alguien que no me sea odioso—dijo ella precipitadamente, de un solo tirón.

—Mujer pensaba llevar a bordo... y acaba de morir—dijo Gars, pensativo, refiriéndose a la bella Jacqueline de Brest—. ¿Quieres navegar?

—Contigo, sí.

—Serás un hombre más para mí. La cocina será tu sala y no puedo perder tiempo en hablar contigo.

—No importa, Gars. Te veré. '

Por vez primera, Gars, “El Albino”, hizo un gesto afectuoso. Palmoteó con áspero manotazo el hombro de su hermana.

—Tú eres la única mujer que me mira sin temor, Garce. Ven conmigo.

Los corsarios se cuadraron respetuosamente al paso de los dos albinos. En el entrepuente ascendía el olor del caldo que el cambusero preparaba para la gente de guardia en las cofas.

Garce, mudamente, dirigióse hacia el entrepuente, donde abríanse las escaleras que conducían a la cocina.

—¿Dónde vas?—preguntó duramente su hermano.

—¿No es allí donde está la cocina?

Gars, “El Albino”, dió un recio empujón a su hermana. Quería ser un empujón amistoso.

—Yo estoy en la sala capitana, y hay allí otro camarote para Garce, “La Albina”—dijo él con— brusquedad.

Ella no replicó. Siguió andando, pero sus pupilas rojizas estaban de nuevo dulcificadas por un extraño sentimiento que no sabía ella interpretar y que atribuyó a debilidad pasajera.

* * *

La “Vengeance” llevaba tres días navegando. Gars, “El Albino”, pasaba todo el día en pie junto a la torreta de observación de proa.

La mayor disciplina reinaba entre los corsarios y permanentemente, a pocos pasos del jefe corsario, diez corsarios seleccionados por su vigor montaban una guardia especial.

Las comidas las efectuaba Gars en su camarote a solas. Desde el instante en que Garce entró en el segundo camarote de la sala capitana, su hermano desocupóse de ella.

Por eso, a la tercera noche de navegación, Gars, “El Albino”, miró sorprendido a la mujer que, tímidamente, acababa de entrar en su camarote, donde estaba cenando.

—Hola, Gars, ¿Puedo... sentarme aquí?—preguntó ella en voz baja.

—¿No hay escabeles en tu camarote? ¿Qué quieres de mí?

—Verte, Gars. Sigo estando sola.

—Subiste a bordo por tu gusto.

—Y a mi gusto estaría, si me dejaras asistir a tus comidas.

—Harto estoy de que “todas” me miren como a un animal escapado de la selva. ¿Qué quieres ver en mí?

—Harta estoy de que “todos” me miren como a un animal escapado de la selva—repitió ella con los párpados cerrados—. Y en ti, Gars, veo el hombre más bueno de todos, porque es mi hermano y me ha dado amparo. ¿Be— cuerdas, Gars, cuando tiritábamos abrazados a los flancos de “Ginette”, la vaca blanca? Ella era blanca y nos daba calor.

—No hay tiempo, Garce, para perderlo en recuerdos ni en... boberías de mujer. Este es mi barco y el único calor que tendrás es el de la pólvora al estallar.

Ella guardó silencio y su hermano siguió comiendo, sin dirigirle la palabra. Terminada la cena, Gars, “El Albino”, llevóse a la boca un silbato de plata que colgaba de su cuello. Dió tres silbidos.

Un rechoncho y rubio marino, de azules ojos decididos, saludó en el umbral del camarote.

—Tardaré unos momentos en ir al puesto de mando, Bart—dijo Gars—. Sustitúyeme hasta que yo llegue.

Bart saludó de nuevo llevándose la diestra al bicornio, y salió.

—Es mi segundo—explicó Gars—. Mozo decidido y fiel. Bretón.

—Dime, Gars, ¿por qué siempre te siguen diez hombres armados hasta los dientes y que nunca se separan de ti?

—En tierra son treinta. A bordo me bastan con diez, para

asegurarme de que los demás no intentarán matarme.

—Pero... ¿no son ellos hombres tuyos y fieles?

—Son pagados por el Rey, y muchos se enrolan sin saber lo que es ser corsario... Y basta de habladurías, Garce. Ven conmigo; quiero enseñarte algo.

Mudamente ella andó tras la larga zancada del albino. Atravesaron escotillas y puentes, bajaron escaleras... Siempre tras ellos diez corsarios les daban escolta.

Al fin, detúvose Gars ante un compartimento de la cala. Señaló a su hermana un cofre grande y herrumbroso.

—Abre el cofre. Lo que te guste es tuyo—dijo con sequedad.

Ella avanzó sola. En la puerta quedóse Gars y tras él sus diez corsarios de guardia permanente.

El cofre, abierto por las manos de Garce, reveló ricos bordados de oro, sedosas telas jamaiquinas, vestidos de dama, joyas entremezcladas... Garce permaneció unos minutos con los ojos cerrados, mientras sus manos acariciaban ciegamente tejidos, mantones y joyas. En la puerta, Gars, “El Albino”, seguía con el ceño fruncido, pero en sus delgados labios había algo semejante a una sonrisa.

Por fin, Garce volvióse apretando contra su pecho convulsivamente un lujoso vestido de negro terciopelo con aplicaciones de oro.

—¿Me lo das, hermano?—suplicó, empleando por vez primera la palabra familiar.

—Tuyo es cuanto contiene el cofre, Garce. Así lo dije.

—¿Puedo... puedo coger un anillo?

—Anillos, collares, broches... Todo me pertenece. Es mi parte de corso.

Garce registró por unos instantes en el cofre. Cuando acercábase a su hermano, éste miró lo que ella llevaba.

Además del rico vestido de corte, Garce habíase apoderado de un collar de esmeraldas, una anillo de la misma gema., y un corto puñal de mango de oro.

Gars, “El Albino”, señaló el puñal.

—Esto no es joya de mujer, Garce. ¿Para qué lo quieres?

—Para matar a quien se atreva sólo a tocarte—dijo ella salvajemente.

Gars, “El Albino”, se encogió de hombros y tributó un empujón a su hermana. En el entrepuente le señaló el camarote capitana.

—Puedes, cuando quieras, venir a verme comer, si esto te place, Garce. Y gracias… por el puñal.

Sin más palabras, Gars, “El Albino”, partió en dirección a donde esperaba Bart, su segundo. Tras él, los diez corsarios avanzaban con vigilantes movimientos de perros guardianes.

Garce, “La Albina”, quedóse en la puerta del camarote capitana y miraba a su hermano, cuya figura destacábase en lo alto de la torreta de mando. No lo veía bien porque tenía las rojizas pupilas empañadas por molestas lágrimas, de las que se avergonzaba. Seguía apretando convulsivamente contra su seno el rico vestido de corte. Destellaban ya en su blanco cuello las gemas verdes, y en su anular la gruesa esmeralda.

Y en su blanco escote asomaba la empuñadura de oro de un puñal de recia y templada hoja toledana.

Capítulo VII

Misiones especiales

La isla desierta refulgía al sol con verdores de frondosa vegetación. Distaba pocas millas de la isla de Moissac, isla francesa. Un velero de escaso tonelaje acercábase a la isla solitaria.

Ancló a doscientas metros de la isla, y fué un extraño barco el que flotó instantes después al costado del velero. Un ataúd de vidrio, sostenido a flote 'y empujado hacia tierra por cuatro nadadores, quedó prontamente secándose al sol del crepúsculo depositado en la arena por cuatro chorreantes pescadores de calzón corto y pecho desnudo.

El Pirata Negro asió a Juanón por el vello que se amontonaba sobre el robusto pecho del pirata de rostro inocente y bobalicón.

—¿Recuerdas que ante la puerta de Messire Robin te pregunté qué era lo que llevabas bajo esa mata de pelo? Supiste contestarme adecuadamente. Dijiste que sólo tenías huesos. Sólo eso quisiera yo tener. Y ahora, idos los tres a bordo. Allí esperaréis mi regreso. Debo enterrar, Juanón, lo que tú no tienes entre tus huesos; un corazón.

Aguardó el Pirata Negro a que los tres piratas, nadando, fueran a reunirse con los otros tres que a bordo esperaban. Cargó sobre sus espaldas el ataúd de vidrio, e instantes después se internaba en la frondosa vegetación de la isla.

* * *

—...y “él” me dijo que iba a enterrar su corazón, eso que yo no tengo.

“Piernas Largas”, al oír las palabras de Juanón, sonrió despectivo. Y su rostro, al sonreír, imponía más asco que al estar serio. Era andaluz y dábaselas de hombre culto.

—Todos tenemos corazón, pollino —dijo doctoralmente—. Lo que pasa es que unos lo tenemos tranquilo y otros lo tienen siempre alborotado.

—¿“El” crees tú que lo tiene alborotado?

—Como mar cosquilleado por galerna. Pero, si ahora lo entierra, se acabó el alboroto. Dicen las viejas en Chiclana que ataúd de muerta, próximo casorio de viva.



Con una gruesa rama desgajada de un mirto corpulento, el Pirata abría en el blando suelo del bosque un ancho hoyo. En pie, apoyado contra el mirto, el ataúd transparentaba la figura de Jacqueline de Brest. Por el bello semblante de la muerta vagaba una tenue sonrisa.

—De nuevo en tu isla solitaria, Jacqueline—sonrió el Pirata Negro, y en su sonrisa había una lucha entre su honda pena y su deseo de cumplir la última voluntad de la mujer que, queriéndole, prefirió la muerte a sacrificar la limpia imagen que de Jacqueline de Brest tenía Carlos Lezama.

Detúvose ante el cristal que cubría sin velarlo a la mujer vestida de blanco, y durante el largo crepúsculo un hombre estuvo con el torturado rostro apoyado sobre un cristal. Los enfebrecidos ojos del vivo daban frente a las muertas pupilas.

Repentinamente, con salvaje ademán, el Pirata Negro sacó de la estrecha faja que sostenía su calzón de pescador un ancho cuchillo. Con certero golpe atravesóse la mano izquierda, que mantenía aplicada a un lado del ataúd. Frías gotas de sudor resbalaron por el cuello del Pirata Negro, mientras su mano acuchillada y clavada al ataúd sangraba lentamente, enrojeciendo la negra madera que engarzaba los cristales.

—Morir aquí… contigo, Jacqueline. Juntos emprender el último viaje…

La última claridad del crepúsculo creó una ilusión óptica. Las sombras de la noche naciente plasmaron en el rostro de la muerta una repentina seriedad. Y el enloquecido Pirata Negro creyó ver en las muertas pupilas una amortiguada luz de reproche.

—¿No quieres, Jacqueline?—musitó él—;. ¿Falto a tus deseos, como me dijiste? “No quiero ver nunca en tu rostro sombra de tristeza… Que seas siempre el alegre Pirata Negro.”

Con un estertor de sufrimiento moral, el Pirata Negro arrancó de su mano atravesada la hoja del cuchillo, que volvió a colocar en su faja. Besó la herida, que sangraba copiosamente.

—¿Recuerdas, Jacqueline? Fué también así nuestra boda. Besaste mi mano herida. Y… este es nuestro último beso.

* * *

El montículo de tierra que escondía en su seno el ataúd de vidrio fué cubierta por brazadas de flores selváticas. En las polícromas hojas y en los carnosos pétalos motitas rojas señalaban el contacto de la mano izquierda del Pirata Negro.

En el centro del bosque ya sólo quedó un montículo de tierra cubierto de flores. Y un hombre, abrazado a esa tierra olorosa, lloró por última vez…

Desde entonces, para siempre, los ojos del Pirata Negro quedaron socos a todo llanto.

Y al amanecer siguiente, chorreando agua salina, encaramóse a bordo del pequeño velero el Pirata Negro. Sus seis piratas le miraron de soslayo, bonetes de pescador en mano.

—Enterré ya mi corazón, mis valientes. Queda sólo en el mar una isla solitaria de tierra y una isla solitaria que es mi alma. Pero vosotros no entendéis de eso… ¡Desplegad velas! Quiero oír los tambores del viento azotando el velamen… y pronto ver mi “Aquilón”, el único amor que me queda. ¡A las velas, bergantes! Y que el aire repita el eco de vuestras canciones bellacas. Tú, “Piernas Largas”, coplea a la usanza de tu Andalucía. Pero, cuidado, bribón. No cantes letras de amores ni mujer. Canta sólo coplas de vino, risas y sangre.

El velero alejóse de la isla solitaria. Navegaba a todo trapo y con el salpicar de la espuma y el redoblar del viento en las lonas, alzábase en el aire la alegre copla de “Piernas Largas”, el andaluz.

“La canción brota del vino
y bravía es mi tierra de machos,
porque ha querido el destino
que el mar de mi Andalucía
mojase mis mostachos…”

Juanón asintió complacido. Un día entero, en el mesón de Kerdal, les había costado a “Piernas Largas” y a él componer la letra de la nueva copla que ahora al aire lanzaba la garganta del andaluz.

Decidióse por fin a acercarse al Pirata Negro. Destocóse el gorro de lana y tímidamente balbuceó:

—Sangra tu mano zurda, señor.

—¿Sólo ella...? Cierto, sangra. Y ¿qué quieres tú?

—Dejarme que te cure, señor. Tengo hierbas que son un tesoro y cicatrizan sanando carnes abiertas.

—Sana, pues, mi herida, Juanón, con tus hierbajos. Y dime, ¿por ventura no tienes hierbas en tu cofre que sanen penas del alma?

—De esas penas, señor, no oí hablar. Y no tengo hierbas para curarlas. Pero cuando tierra americana pise, buscaré en los montes hierbas de indio y tendrán a lo mejor las que tú buscas.

—Bravo, Juanón—murmuró Lezama, revolviendo la hirsuta cabellera del curandero, mientras éste cauterizaba con un cuchillo al rojo los bordes de la herida—. Te envidio sinceramente, Juanón.

—¿A mí, señor?—dijo sorprendido el pirata sin levantar la cabeza—. Yo soy un tosco bastardo, indigno de tocar tu piel.

—Si a mis órdenes estás, no eres ni bastardo ni tosco ni indigno, Juanón. Eres un macho bravío, como canta el andaluz.

—Así será cuando tú lo dices, señor. Del amo se ennoblece el criado.

✲ ✲ ✲

"Cien Chirlos", látigo en mano, presenciaba en lo alto de la pasarela la entrada en el "Aquilón" de los piratas que, con permiso, regresaban de

Veracruz. Tambaleantes en la mayoría, apestaban a vino y a sudor.

Los ojillos de "Cien Chirlos" miraban con sarcasmo las fajas de los piratas a medida que iban subiendo. Seguían en ellas los puñales atravesados y las pistolas amartilladas... pero en los lugares donde cuando partieron a Veracruz había repletas bolsas, había ahora vacío.

—¡Hatajo de asnos rebuznantes! —cloqueó "Cien Chirlos", que gustaba de repetir las exclamaciones que oía a su jefe—. Pellejos llenos de vino y mugre y sin lata. Huyeron los ricos doblones y los pimpantes escudos... ¡Hala! A las calas a roncar. Y al que pelee le aquietaré el temple primero a latigazos y después echándolo al mar.

Quedó la cubierta desierta. Mes y medio hacía que el Pirata Negro había partido a Francia... y ya las bolsas de sus piratas

estaban llenas de aire y colgaban fláccidas.

Y no se presentó nadie para ir a Veracruz. Ahítos estaban todos de tierra y sólo ansiaban el pronto regreso de su jefe y hacerse a la mar. “Cien Chirlos” oteaba incansablemente el horizonte y cinco días después lanzaba estentóreos gritos de alegría.

No tuvo necesidad de explicarse. Para que el pirata del rostro surcado por múltiples costurones y arrugas mal cosidas, manifestara aquella desbordante alegría, sólo podía haber una causa.

Y colgados de escalas, abrazados a los palos, encaramados en las bordas, todos los piratas agitaban sus chambergos, sus tricornios y sus gorros en dirección a un velero de escaso tonelaje que iba acercándose al “Aquilón”.

Instantes después saltaba a bordo el Pirata Negro y con su característica agilidad se encaramaba al castillete de proa, cuya madera del pasamanos acarició con fruición.

Los piratas apiñáronse a la base del castillete, con los rostros levantados. Algunos aplicábanse la mano al pabellón de la oreja para ayudarse a oír mejor.

—Ristra de fieros semblantes contemplo, mis valientes. Heme de nuevo pisando el “Aquilón” y me complace veros. El guapetón “Cien Chirlos” me ha dicho como saludo que no ha habido novedad, con lo cual debo felicitaros, porque habéis sabido vaciar vuestras bolsas enseñando a los mejicanos cómo se bebe vino sin perder los sesos.

La alegre carcajada del Pirata Negro tenía un nuevo sonido, más gutural, más ronco. Sus ojos no chispeaban como antes.

—Hay que reír, bellacos. Dice Juanón que es la mejor de las hierbas reír a tripa llena. Muchas grasas veo y hay que sudarlas. Escuchadme con

atención. Por esos mares surca en un punto ignorado una carabela francesa, mandada por un corsario llamado Gars, “El Albino”. Son trescientos hombres y están artillados de tal forma, que con dos andanadas destrozarían a mi “Aquilón”. Y la muerte no nos ha de visitar a nosotros. La carabela de la muerte será la carabela que manda Gars, “El Albino”.

La palabra “muerte” encendía siempre entusiasmos en la tripulación del velero pirata. Ondearon en el aire los cubrecabezas.

—Pero por esta vez no combatiremos de frente. Emplearemos la

astucia, porque necesito más que el aire que respiro matar a Gars, “El Albino”. Pero matarlo yo, con mis propias manos. Advierto eso porque sé que alguno de vosotros ya ha pensado buscar a Gars, “El Albino” y acuchillarle. El que eso hiciera, por mí sería acuchillado.

Y aunque de nuevo estalló la alegre carcajada del Pirata Negro, sus hombres comprendieron que muy grave debía ser el encono existente entre el corsario francés y su jefe, porque nunca el Pirata Negro había manifestado el odio que en aquel instante oscurecía sus negras pupilas.

—Misiones especiales os voy a confiar. En grupos de a cuatro montaréis en balsas que ahora mismo fabricaréis. Grande lona os llevaréis y buen vino de Madera. Gustan los franceses de este licor. Prestadme triple oreja: seréis en vuestras balsas unos de los tantos traficantes que pululan por estas aguas vendiendo vino a las flotas pasajeras. Saldréis con rutas distintas todos, y los primeros que noticias me traigan del exacto paradero de la carabela “Yengeance” mandada por Gars, “El Albino”, volverán a oír en sus bolsas el tintinear del cochino oro que tanto os place. ¡A tierra, a construir vuestras balsas! ¡La más veloz y la primera que salga, más probabilidades tendrá!

Por dos días enteros la cercana costa llenóse de afanosos piratas que serraban troncos, pulían maderas y ensamblaban vigas toscas.

A bordo del “Aquilón” sólo quedaron cinco piratas, “Cien Chirlos”, Juanón y el Pirata Negro.

Al amanecer del quinto día de la partida de las balsas, “Piernas Largas” corrió como un gamo, favorecido por su largo tronco, saltando por la cubierta del “Aquilón”.

—¡Yo, señor, yo quien primero vió al “Vengeance”!—gritó tan pronto vióse ante su jefe.

—Y tú el primero en llegar por piernas, andaluz. Cuatro más iban contigo. ¿Dónde están?

—Van pasando de balsa en balsa para que regresen los demás. Dicen que tú tomaste nota de cuantos íbamos en cada, y que sabrás recompensarlos como a mí.

—Cierto es. Y habéis cumplido lo que ordené. Ahora, dime, ¿dónde está la carabela francesa?

—Me compraron Madera y el cambusero decía que no quería más, porque les bastaría hasta el Veracruz alto, donde iban.

—¿Qué puerto? Pudiste sonsacarlo, porque eres lenguaraz y listo.

—Gracias, señor. Dijo el cambusero que la “Vengeance” tocaría por varios días en el puerto de Tuantepec.

—Buen mozo eres, andaluz. Vete a la bodega y que te den un barril de diez litros de tu vino preferido. Y “Cien Chirlos” te dará lo prometido.

“Cien Chirlos” acercóse cuando el Pirata Negro silbó su llamada.

—Voy a tierra con Juanón, mi valiente. No tardaré. Durante mi ausencia ninguno de mis hombres bajará a tierra.

—Llévame, señor—dijo el segundo, suplicante.

—Es misión especial la que llevo, “Cien Chirlos”, y tu rostro me delataría. Es rostro de macho, pero lo es también de pirata, y aunque lo tiznase como tiznaré a Juanón, bajo el tizne aullaría' el valiente bravucón que tú eres.

El sol iluminó un extraño espectáculo. Desnudos enteramente, Juanón y el Pirata Negro eran irreconocibles bajo la capa de rojiza pintura que cubría todos sus miembros. Los cabellos de ambos relucían de grasa aceitosa y eran mantenidos por una estrecha cinta roja.

Fué el Pirata Negro el primero que cubrióse de cintura para abajo hasta medio muslo, con una tela bordada con extrañas figuras, en las que predominaba una reproducción del sol.

Cuando Juanón y el Pirata Negro se alejaban en una balsa hacia el puerto de Tuantepec, del alto Veracruz, sólo “Cien Chirlos” podía adivinar que aquellos dos indios aztecas, vestidos y pintarrajeados al modo azteca de las montañas, eran su jefe y el pirata de rostro angelical y bobalicón.

Capítulo VIII

Dos corsarios indios

La carabela “Vengeance” distaba veinte millas del alto Veracruz. Desplegadas todas sus velas ofrecía una majestuosa figura de potencia y velocidad, mientras su amplia proa cabeceaba lentamente.

Garce no era ya una moza desastrada y cubierta de harapos. Su propio hermano la miraba complacido mientras terminaba de cenar.

Los blancos cabellos bien peinados, el collar y el rico vestido habían embellecido a la albina, cuyo rostro de rasgos regulares y cuyo cuerpo elástico y bien formado tenía sólo el afeamiento de sus cejas ralas, sus pestañas blancas y sus pupilas rojas.

—¿Estaremos mucho tiempo en ese puerto mejicano, Gars?

—El suficiente para que mis espías puedan informarse del exacto lugar donde fondea el Pirata Negro. Por mar hemos surcado todos los espacios donde navegan barcos-piratas. Muchos han huido al atisbar mi carabela, pero ninguno de los piratas que huía era el Pirata Negro. Tengo la descripción exacta de su velero y aun no lo he avistado. Y debo apresarlo vivo o muerta para llevarlo al Gran Almirante y a remolque entrar en Burdeos su velero “Aquilón”.

—¿Quién es ese Pirata Negro?

—Español. Saqueó barco francés— dijo lacónicamente Gars, “El Albino”.

Calló que, además de cumplir órdenes reales, buscaba al Pirata Negro para saciar su propio odio personal. El hombre que era rechazado por las mujeres de rancio abolengo a las que aspiraba, quería someter a las peores torturas al hombre que, siendo un vulgar pirata, había conseguido el amor de Jacqueline de Brest, la que prefirió morir antes que entregarse a Gars,. “El Albino”.

Y cuando Gars, “El Albino”, vió en la alcoba del “Alegre grumete” el cuerpo sin vida de la bella Jacqueline de Brest, comprendió que ella se había envenenado no para huir de él, sino para no entregarse a él porque quería a otro.

Y ese otro, al que Gars, “El Albino”, hacía responsable de la muerte de Jacqueline de Brest, era el Pirata Negro.

* * *

Tuantepec era en el alto Veracruz el puerto de arribo de todas las flotas corsarias francesas. Aldea azteca antes de la colonización, fué abandonada por sus moradores que, orgullosamente se retiraron a las montañas hostiles a comerciar y tratar con gente blanca.

Jan Bart, el segundo de Gars, “El Albino”, recibió de su jefe la orden de tocar tierra, acompañado por diez corsarios, para intentar recoger cuantos informes pudiera sobre el paradero del Pirata Negro.

Para ello, Jan Bart envió a sus hombres en grupos de a dos por las distintas “pulquerías” regentadas por ex filibusteros franceses. Y él quedóse en espera de los informes en la tienda del mestizo francés Salvation.

Descendiente de mejicanos, Salvation traficaba con tejidos y semillas que iba a recoger en las cumbres ocupadas por los aztecas. Vió entrar en su tienda a dos atléticos y cobrizos indios de la tribu Teochli, como leyó expertamente por los jeroglíficos bordados en la única prenda de vestir que llevaban los dos recién llegados.

El más bajo de ellos y más rechoncho traía en bandolera un cofre oblongo, cuyo contenido Salvation se prometió adquirir a bajo precio. Serían seguramente aromáticas semillas de “quirche”, de las que se extraía un licor muy apreciado.

Jan Bart miró con indiferencia a los dos aztecas que, según el rito de su raza, sentáronse sobre sus tacones con las piernas cruzadas, en silencio y en el mismo umbral de la puerta.

Salvation acercóse a los dos indios, cuyo hombro desnudo besó, reconociendo con ello que se consideraba descendiente de los aztecas y, por tanto, honrado con aquella visita. Era gesto ritual, pero por parte del mestizo francés un simple inicio comercial.

Fué Juanón el que con largas disquisiciones, durante las cuales varios grupos de corsarios informaron a Jan Bart de la inutilidad de sus pesquisas, mantuvo candente la atención de Salvation

regateando el precio de unas pieles de jaguar... que habría de traerle al día siguiente.

Y cuando intervino el Pirata Negro fué para indicar al mestizo que acababan de realizar un largo viaje por toda la costa, desde el bajo Panamá, un viaje muy peligroso dado que por la costa hallaron con frecuencia buques piratas escondidos reparando velas y cascos.

Repentinamente, Salvation sintióse inspirado. Sus ojos brillaron de codicia y haciendo un amplio ademán rogó a sus clientes que por unos instantes le permitieran hablar con el "jefe francés".

El mestizo acudió junto a Jan Bart.

—Yo no os puedo informar, monsieur Bart, de lo que deseabais saber sobre el Pirata Negro. Pero acabo de recordar algo muy importante. ¿Cuánto dijisteis que estabais dispuesto a pagar por la exacta noticia de la posición del velero "Aquilón"?

—Cincuenta luises, pagaderos cuando se compruebe la fidelidad del informe.

—Mirad, señor. Esos dos aztecas de la tribu Teochli acaban de costear desde el bajo Panamá y aseguran haber visto muchos buques piratas por su camino. Ellos conocen a la perfección cuantos escondrijos frecuentan los piratas del Caribe. Pero sólo me los dirán a mí, porque me consideran un igual. Desprecian a la gente blanca.

—Entiéndete tú con, ellos, mercader —dijo desdeñosamente Jan Bart—. Yo quiero saber el escondrijo del Pirata Negro. A quien pagárselo me es igual. Pero apresúrate, porque no pienso perder más tiempo.

Salvation vió dibujarse en el aire un grato montón de monedas. Acudió al lado de los dos indios y, tras algunos rodeos, atacó de frente el asunto que le importaba.

—Pieles de jaguar compraré al doble precio de lo que me pedisteis. Y os daré, además, cuchillos franceses, hojas de metal blanco. Veinte cuchillos. ¿Habéis oído hablar del Pirata Negro?

—Sí. Oímos—dijo el Pirata Negro.

—¿Conocéis su barco?

—Sí. Conocemos—replicó el Pirata Negro.

—¿Lo habéis visto en vuestro viaje por la costa?

—Sí. Lo vimos, Reparaba lonas y maderas. Largo trabajo, de varias lunas en menguante.

—Decidme donde se halla y os doy los cuchillos y os pago las

pieles de jaguar. Confío en vosotros y no quiero ni ver con mis ojos la mercancía. ¿Dónde se halla el velero del Pirata Negro?

—Nubes de mosquitos rozan el suelo por el Sur. Bandadas de gaviotas pardas hunden pico en mar a medio giro del Sol y la pita florece libre en la margen montañosa. Hay algas venenosas en la entrada de la cueva donde se oculta velero Pirata Negro —dijo el Pirata Negro.



—Cincuenta luises cuando se compruebe...

Eran datos que para los indios resultaban clarísimos, pero para el mestizo comerciante nada indicaban. Comprendió que era inútil enseñarles cartas marinas ni hablarles de regiones por sus nombres que los blancos les habían puesto.

Regresó junto a Jan Bart. El corsario francés arrugó el entrecejo al oír las palabras del mestizo.

—Saben, monsieur Bart, el lugar exacto donde se halla el Pirata Negro. Dicen que repara desperfectos y que tardará más de medio mes.

—¿Qué longitud y qué latitud y en qué región?

—Eso es lo más complicado, monsieur Bart. Esos aztecas tienen una orientación especial, quizá tan acertada como la vuestra científica. Por los animales y las llores determinan los lugares. Y por su pie ellos irían a ojos cerrados al lugar donde crecen algas venenosas a la entrada de la cueva donde se oculta el velero que te

interesa. Pero sólo ellos lo saben y sus palabras no sirven de guía para nosotros los blancos.

Jan Bart meditó unos instantes. Al fin creyó dar con la solución más sensata.

—Que nos sirvan de guía. Les pagaré lo que pidan.

—Será difícil, monsieur Bart. Son muy orgullosos... Pero por complaceros lo intentaré.

Salvation volvió de nuevo a hablar de cosas distintas a lo que le interesaba antes de abordar el tema que le representaba cincuenta luises.

—¿Qué es de mi tienda lo que más os gusta, hermanos míos?—preguntó amablemente.

Juanón, con gesto digno, señaló un largo fusil que colgaba del techo. El Pirata Negro golpeó sobre una silla de montar que a su lado tenía.

—Es vuestro, todo es vuestro, hermanos míos. Eso es; podéis cogerlo. Y premiadme con poco esfuerzo. El blanco que ahí veis, necesita que vosotros subáis a su bordo y le llevéis donde florecen las algas venenosas y las nubes de mosquitos rozan por el Sur. El blanco quiere encontrarse con el Pirata Negro.

Los regateos duraron un cuarto de hora. Al final, Salvation respiró satisfecho. Los dos aztecas accedían a embarcar.

Jan Bart no se dió aún por convencido.

—No quiero que la carabela costee buscando lo que estos salvajes desde el mar pueden confundir. Necesito saber, más o menos, si es en el Yucatán, si es en la Rica Costa, o en la inglesa Honduras, o en la región de los Lagos, o en el Panamá donde se halla el “Aquilón”. Costear sería perder mucho tiempo, que no podemos perder. Trata de que tus aztecas digan claramente en que región aproximadamente vieron el velero pirata.

El Pirata Negro fingió sumirse en hondas meditaciones ante las persuasivas palabras del mestizo francés.

—Blancos llaman bajo Panamá región de donde salimos. Otras regiones no sabemos ni queremos saber nombre. Pero el velero hállase en costa culebreante de país donde muchos lagos reciben aguas de la cima.

—¡Nicaragua!—gritó Salvation frotándose las manos.

Corrió hacia Jan Bart para comunicarle la noticia que tan

“sabiamente” y “gracias a su amistad con los aztecas” había logrado conseguir.

—Es Nicaragua — añadió—. Les he dado a ellos una silla de montar y un fusil, y les he pagado montones de prendas para sus mujeres, monsieur Bart.

—Dije que el pago lo recibirás cuan de hallemos el “Aquilón”.

—Gracias, monsieur Bart. Ya saben los dos aztecas que la bolsa de monedas es para mí, y me la entregarán porque ellos no saben qué hacer con el dinero blanco. Y quisiera aconsejaros, monsieur Bart. Que a bordo nadie hable ni moleste a los dos aztecas. Es raza orgullosa y se lanzarían al mar si sufrieran la menor humillación.

—Estarán en la cocina hasta que avistemos el principio de la costa nicaragüense. Entonces sólo tendrán que venir al puente de mando para indicarme el escondrijo del Pirata Negro.

—Recordad, monsieur Bart, que los aztecas toman como punto de referencia el Sol, que es su dios. Con la mano nunca te indicarán la costa, sino que extenderán el brazo para que la sombra del sol sobre cubierta...

—Ya sé. He tenido ocasión una vez de emplear un guía azteca y me costó horrores adivinar lo que quería indicarme con esta orientación. Hoy ya sé que la sombra de su brazo es la que hay que seguir.

Salvation volvió a besar el hombro denlos dos “aztecas” y les señaló a Jan Bart, que andaba hacia la puerta. Los dos indios aguardaron a que todos los corsarios emprendieran la marcha hacia la canoa que había de llevarles a la carabela y entonces, cuando ya los corsarios a bordo de la canoa empezaban a impacientarse aguardando, ellos dos, con pausado andar, dirigiéronse a la canoa.

Y sentáronse en cuclillas en el remate de popa, mirando al sol.

* * *

Gars. “Él Albino”, oyó complacido el informe de su segundo. Garce jugueteaba con su collar de esmeraldas mientras el segundo hablaba.

—...y, como dos ídolos de madera, están ahora sentados en la cambusa, jefe. He advertido al cocinero y sus ayudantes que los dejen en paz y no se burlen de ellos.

—Has hecho bien, Jan. Esos aztecas son gente difícil de tratar. Voy a verlos. No quisiera que fueran espías.

—¿Espías?—preguntó Garce asombrada.

—En estas costas la astucia impera—dijo Gars, "El Albino", poniéndose en pie—. Hay ladrones piratas de insensata audacia que son capaces de todo. Y la desconfianza es la mejor de las defensas.

—Son aztecas, patrón — dijo Bart convencido—. Asistí a sus ceremonias con Salvation, el mestizo francés, y a ese nadie le engaña.

Gars, "El Albino", no replicó. Seguido por Bart y los diez corsarios de su guardia personal se dirigió a la cocina.

La amplia cambusa era un compartimento circular donde las ollas de barro barboteaban colgadas de vigas. El calor que despedían loa leños era insoportable.

Pero, impasibles cerca del fuego, los dos "aztecas", sentados en cuclillas sobre sus tacones, semejaban, como bien había dicho Jan Bart, dos ídolos tallados en rojiza madera.

El más rechoncho sostenía sobre sus rodillas el largo cofre oblongo. El otro, mantenía entre sus dos manos un recio y grueso cilindro de "teak", la madera más resistente de los montes mejicanos.

Gars, "El Albino", detúvose ante los dos indios que, sin mirarle, parecían absortos en muy lejanas meditaciones.

El corsario francés lanzó una exclamación señalando a Juanón. Jan Bart acudió presuroso. Las nervudas manos del "azteca" más alto crispáronse alrededor del grueso cilindro de madera.

—¿Por qué ese salvaje lleva un fusil?—preguntó Gars señalando a espaldas del pirata el arma que Salvation le había entregado.

—Salvation le pagó con esto, jefe. Pero yo me encargué de asegurarme que no le dió pólvora ni plomos. El arma es simplemente tan inofensiva como la dura madera que el otro salvaje tiene entre sus manos.

Gars, "El Albino", acercóse más al Pirata Negro. Examinó el perfil aquilino y el altivo continente del que no sabía era su enemigo.

—Debe ser algún jefecillo en su tribu de Teochli—dijo después de descifrar penosamente los jeroglíficos del paño que cubría la cintura del Pirata Negro—. Es un hércules ese mozo, y lleva cicatrices. No debe poseer buen temperamento. Repíteles a los cocineros y a los cambuseros que ahorcaré al que moleste en lo más

mínimo a esos dos salvajes. Vámonos.

Los doce corsarios abandonaron la sala, donde el calor empapaba de sudores sus ropas.

Sólo quedaron los cocineros preparando el yantar del mediodía.

Juanón seguía con su cofre atravesado encima de las piernas. Pero de reojo miró al suelo frente a las piernas del Pirata Negro.

La madera que las mismas espinas dentadas de las sierras tardaban en cortar, acababa de caer en dos trozos, rota por las manos del Pirata Negro.

El esfuerzo que Carlos Lezama había hecho para dominarse al verse ante el albino responsable de la muerte de Jacqueline de Brest, habíase traducido en los dos pedazos de “teak” rotos.

Capítulo IX

Pánico a bordo

La carabela “Vengeance” navegaba por una singladura lejana a las costas. Para ganar tiempo no perfiló el contorno del gran cabo del Yucatán e internóse mar adentro hacia la lejana tierra de Nicaragua.

Por espacio de tres días, la vida a bordo no sufrió ninguna novedad.

Una recia disciplina reinaba y el látigo de los contramaestres no entraba frecuentemente en acción porque todos los corsarios sabían que tras el castigo del látigo, Gars, “El Albino”, ordenaba que se marcase al fuego al que había incumplido algún mandato.

Y el círculo de carne quemada quedaba impreso en el pecho del corsario indisciplinado y, según la usanza corsaria, al tocar tierra era abandonado.

Y la marca que llevaba le imposibilitaba para encontrar de nuevo acogida entre ninguna flota corsaria, cien— de su fin inmediato el perecer torturado a manos de los piratas, que se vengaban así del odio que experimentaban por los corsarios, odio mayor que el que sentían por los propios marinos de guerra.

Consideraban que los corsarios, todos antiguos piratas, eran traidores al credo brutal del Caribe, donde la traición y la delación son los únicos delitos imperdonables.

Pero el contramaestre de servicio, en aquella mañana apacible, silbó inútilmente llamando al relevo de vigías. Empuñando con saña el látigo, desprendió de sus labios el inútil silbato y bajó a la nave de alojamiento de los tripulantes.

Blasfemó estupefacto cuando percibió a los hombres que debían entrar de servicio, tendidos en sus hamacas y arropados con las

mantas. Dormían tranquilamente…

El látigo restalló y ensangrentando los cuerpos dormidos, despertó a los que tenían que entrar de servicio.

—¡Seréis marcados al fuego!—gritó el contramaestre coléricamente.

Uno de los azotados se limitó a hacer un simple ademán. Descubrió su cuerpo desnudo, quitándose la manta que le arropaba.

—Estamos… ya marcados —dijo el corsario en voz baja.

El contramaestre acercóse, miró el cuerpo del corsario y retrocedió presuroso. En su prisa cayó de su mano el látigo… y no lo recogió, mirando asustado el cuerpo desnudo del corsario y alternativamente las correas que le habían azotado.

Lanzando una exclamación de horror corrió hacia las escaleras. Subió velozmente al puente de mando y, jadeante y tembloroso, se inmovilizó en la posición de firmes ante Gars, “El Albino”.

—Un hombre que no sabe responderme de los que tiene bajo sus órdenes no me sirve, contramaestre—dijo secamente el albino—. A tierra te quedarás, aunque no te marque al fuego…

—¡Venid, señor! ¡Venid al dormitorio de los hombres de relevo! —gritó el contramaestre con el semblante empavorecido.

Y sin aguardar partió de nuevo corriendo hacia las escaleras. Gars, “El Albino”, mordióse los labios iracundo. Aprisionó fuertemente entre sus manos la recia vara de flexible acero que era su látigo personal. Estaba dispuesto a romperla sobre las costillas de aquel contramaestre que había perdido la noción de lo que era la disciplina a bordo de una carabela corsaria.

Los diez corsarios de su guardia siguieron tras él por las escaleras que conducían al dormitorio de los hombres de servicio.

Al entrar miró Gars, “El Albino”, con disgusto al contramaestre que, arrodillado, gemía cubriéndose el rostro con las manos. La vara de acero silbó en el aire y sañudamente, en silencio, Gars, “El Albino”, tundió al contramaestre, que intentó incorporarse, pero cayó al suelo sin sentido al recibir el segundo golpe.

Gars, “El Albino”, poseía un brazo vigoroso y nunca ningún hombre había recibido conscientemente el tercer varazo.

Cuando el contramaestre quedó envuelto por un charco de sangre y retorcidas sus ropas destrozadas en jirones de carne llagada, un confuso rumor ele protesta se elevó de los corsarios que

ocupaban las hamacas.

Gars, “El Albino”, sacó con la mano izquierda una de las pistolas de su cinto-tahalí. Sus rojizas pupilas fueron mirando uno a uno los corsarios que murmuraban... Uno de ellos, envalentonado por la desesperación, gritó:'

—¡Puedes tirar, albino! ¡No me importa!—y tendía un puño, incorporado a medias en su hamaca.

Gars, “El Albino”, disparó fríamente. Con la frente destrozada el corsario rebelde cayó de bruces, se deslizó de la hamaca y desnudo completamente cayó al suelo.

Y una exclamación de horror brotó de las gargantas de los diez corsarios líeles a Gars, “El Albino”. El jefe corsario, extrañado, miró los semblantes de sus guardianes adictos y siguiendo la dirección de sus asustadas expresiones, contempló el cuerpo desnudo del hombre que acababa de matar.

En la carne del cadáver se dibujaban redondas manchas parduzcas que alternaban a trechos con discos mayores rojizos, algo hinchados.

Gars, “El Albino”, el hombre que nunca había retrocedido en ningún combate, dió precipitadamente dos pasos atrás.

—¡Viruela negra!—exclamó en voz baja, reprimiendo un temblor.

Los corsarios tendidos en las hamacas apartaron a una las manta» que cubrían sus cuerpos. Todos ostentaban la granulación epidérmica que era el síntoma del peor de los males del Caribe.

—¡Antorchas! —gritó Gars, “El Albino”— ¡Fuego con ellos!

Los corsarios comprendieron la orden y su significado. Para evitar el contagio, Gars, “El Albino”, iba a hacerles quemar vivos, arrojando sobre ellos antorchas resinosas y leños inflamables. Algunos saltaron de sus hamacas.

Gars, “El Albino”, disparó su segunda pistola, matando a uno de los enfermos. Los restantes cinco corsarios intentaron abalanzarse a la puerta de salida.

—¡Al sable con ellos!—rugió Gars,. “El Albino"

Y dando el ejemplo desenvainó su sable asestándolo con todas sus fuerzas sobre el cráneo del más cercano.

Los diez corsarios de su guardia, procurando asestar los golpes sin acercarse a los pestiferados, golpearon enloquecidos.

El dormitorio de servicio quedóse pronto salpicado en sus paredes por la sangre de la matanza. Los siete atacados de viruela negra yacían descuartizados a sablazos.

Simultáneamente, Gars, “El Albino” y sus diez corsarios tiraron los sables ensangrentados sobre los cadáveres. Y puerilmente, en gesto de macabra ironía, se frotaron las manos sobre la ropa, como para alejar toda posibilidad de contagio.

—Prended fuego al dormitorio. Vigilad cuando las llamas suban, y para que no se comuniquen al resto del barco, anegadlas con cubos. Pero que “todo esto” arda bien.

Gars, “El Albino”, presenció cómo las antorchas arrojadas desde lejos y los leños resinosos iban lamiendo en llamas crepitantes cadáveres y hamacas. Convirtióse pronto el dormitorio en un ascua y entonces dió la orden de anegar el incendio con cubos de agua.

Mas tranquilizado subió a cubierta. Vió a Jan Bart en el puente substituyéndole y dirigióse a su camarote de la sala capitana. A solas, desnudóse y rió grotescamente con alivio al ver que su blanco cuerpo no ostentaba la menor señal de la temible lacra.

Resonaron precipitados golpes en la puerta.

Vistióse apresuradamente Gars, “El Albino” y fué a abrir.

Jan Bart tambaleándose entró en el camarote. Gars retrocedió prudentemente. Aplicó la diestra en la culata de su pistola ya de nuevo cargada.

—¿Qué quieres, Jan? ¿No es tu sitio el puente de mando?

—¡Pánico a bordo!—gritó el bretón—. Los hombres se lanzan al agua el ver que en sus cuerpos van apareciendo las manchas... las manchas. Saben que no tienen salvación... Son primero los vómitos... y después la peor de las muertes...

En cubierta restallaron disparos y gritos feroces. Gars, “El Albino”, empuñó la vara de acero.

—Hay que imponer, Jan. Mata... mata..., pero que no nos gane el pánico.

Un salvaje combate se desarrollaba en cubierta entre varios tripulantes y los diez corsarios de la guardia personal de Gars, “El Albino”.

El jefe corsario, seguido de su segundo, abalanzóse sobre un hacha de abordaje. La blandió frenéticamente asestando largos molinetes...

Tres cabezas cercenadas rodaron por cubierta.

—¡A vuestros puestos todos, insensatos!—clamó colérico—. ¿Sois hombres o sois mujerzuelas? ¡A vuestros puestos, digo!

Pero si bien algunos obedecieron, otros permanecieron agrupados en silencioso y hosco pelotón humano compacto. Habían desgarrado sus ropas y por los jirones veíanse manchas parduzcas, alternando con otras más hinchadas y rojizas.

—¡Artilleros babor!—gritó Jan— ¡Rasantes baterías!

Dos artilleros obedecieron, enfocando las culebrinas rodantes tras imprimirles un giro hacia el grupo que permanecía silencioso y empuñando torvamente las hachas de abordaje.

—¡Tirad las hachas!—ordenó Gars, "El Albino"—. ¡Desarmad o mando hacer fuego de cañón contra vosotros!

Fué primero uno de los corsarios el que dió la señal de pánico. Corriendo y blasfemando se encaramó en cubierta lateral para apoyar los pies sobre la borda. Y desde allí, lanzando una carcajada enloquecida, se tiró al mar.

Otros le siguieron... Gars, "El Albino", dió la orden de fuego. Dos estampidos horrísonos sacudieron las amuras.

Segados por la metralla cayeron varios corsarios convertidos en pulpas sangrientas... Otros, impulsados por la desesperación, se lanzaron contra los artilleros... Un violento combate se trabó entre los corsarios adictos a Gars, "El Albino", y los rebeldes, enloquecidos por la viruela negra...

Gars, "El Albino", defendíanse de un ataque simultáneo, que le amenazaba por varios costados... Blandía el hacha con diestros molinetes, y ayudado por Jan Bart, abrió brecha sangrienta...

Pero el pánico habíase apoderado de la carabela "Vengeance"...

* * *

En la cocina, los dos "indios aztecas" seguían impasibles sentados en cuclillas sobre sus tacones. Los primeros disparos alarmaron a todos los cocineros, que corrieron a la puerta.

Al restallar los atronadores cañonazos, los cocineros, corriendo, abandonaron la cocina para subir al entrepuente.

Quedaron solos el Pirata Negro y Juanón.

—Pronto será esa carabela la "carabela de la muerte", Juanón— habló en voz baja el Pirata Negro—. Tu cofre está vacío y cumplió su misión. Cuando yo salga de aquí, tú no salgas hasta que yo te

llame.

—¿Sólo, señor, vas a luchar contra ellos?

—Aguardaré con la estática indiferencia de los reales aztecas. Se matan entre ellos, Juanón. Son tiburones sangrientos mordiéndose entre sí. Van siendo vengadas cuantas víctimas Gars, “El Albino”, y sus hombres han producido entre inocentes pasajeros de galeones españoles. ¿Oyes los clamores de ira de los que combaten? No consiguen ahogar las plegarias de las madres que lloran sus hijos asesinados por esos corsarios.



La carabela sin timonel y las velas sin tripulantes que las tensaran, rectificando los impulsos con que el viento aflojaba las lonas, imprimieron 'pronto a la “Vengeance” una navegación a la deriva.

Los puñales destellaban reflejos sangrientos, mientras sus dueños intentaban abrirse paso para ocupar los lanchones que eran botados precipitadamente al agua.

Otros más fuertes o más afortunados, remaban ya con vigorosa desesperación, alejándose la carabela de la muerte.

Gars, “El Albino”, seguido siempre por Jan Bart, prodigaba furiosos hachazos. La más feroz de las cóleras invadía su espíritu al comprender que eran ya inútiles cuantos esfuerzos intentase para apaciguar la tripulación enloquecida.

Iba disipándose el humo de la pólvora... Gars, “El Albino”, recorrió todo el espacio de cubierta sin hallar enemigo en quien calmar su furor. Descendió a las calas, a los dormitorios de la tripulación...

Todo estaba desierto. En el mar, los que no pudieron hallar sitio en los lanchones, nadaban, alejándose de la carabela pestífera.

Y Gars, “El Albino”, dejó caer su hacha. Sólo quedaban a bordo él y su segundo.

Inesperadamente, “El Albino” asestó con todas sus fuerzas un culatazo en la nuca de Jan Bart, que, desesperado, estaba contemplando como los corsarios supervivientes de la “Vengeance” se alejaban...

Jan Bart, atacado a traición por quien menos esperaba, cayó hecho un ovillo a los pies de Gars, “El Albino”. Febrilmente, el jefe corsario pasó sus manos bajo los sobacos del bretón, y

manteniéndolo en pie contra el cercano mástil, lo ató sólidamente contra el palo.

—¿Qué haces, hermano?—preguntó suavemente a sus espaldas una voz femenina.

Desde que el combate había empezado, Garce, ignorante de las razones que ocasionaban aquel pánico repentino a bordo, había asistido a las demoníacas escenas de destrucción...

Gars, “El Albino”, miró a su hermana como si la viera por vez primera en su vida. La atenazó duramente por los hombros y en sus rojizas pupilas, estrías sanguinolentas de locura, anunciaron a Garce que el sentido había huido de la mente de Gars, “El Albino”.

El hombre que la estaba atando contra él mástil menor, a diez pasos de distancia de Jan Bart, era un loco...



En la cocina, el Pirata Negro dedicábase a humedecer una gran pieza de tela blanca en agua hirviendo. Con la tela empapada frotaba vigorosamente su cuerpo. Poco a poco el tinte cobrizo, propio de las tribus aztecas, iba borrándose de su cuerpo, que recobraba el atezado del sol.

Cuando no quedó vestigio de pintura, acercóse al tabique donde colgaban pantalones de corsario. Poco después, sus pies desnudos calzaban botas altas, y en su faja relucía el mango da un corvo sable de abordaje.

De un clavo pendía un pañuelo rojo y el Pirata Negro se lo anudó tras la nuca, cubriendo con él parcialmente sus cabellos devueltos a la normalidad, al desprender de ellos la grasa aceitosa el agua caliente.

—¿Oyes gritar a Gars, “El Albino”, Juanón? Sus gritos me encantan. Más gritará dentro de unos instantes.

* * *

Gars, “El Albino”, contempló sonriendo a Jan Bart, que ya recuperando el sentido le miraba asombrado, tras haber intentado en vano romper las ligaduras que le mantenían contra el mástil.

De soslayo vió el bretón a la hermana de su jefe atada también a un palo distante diez pasos del que se le hincaba en las espaldas.

—Todos se fueron, Jan. Todos huyeron como ratas... Y no quise que ni tú ni ella me abandonarais también... Cuando la carabela se

rompa contra las costas rocosas, nos hundiremos los tres con ella.

—¡Jefe!—gritó Jan Bart—. Domínate... Tú y yo podemos aún llevar a la “Vengeance” a buen puerto.

—Pero todos huyeron, Jan—dijo el corsario con voz cansada—. Y he quedado deshonrado como corsario. No supe imponerme a ellos. Y ahora... estamos solos.

Gars, “El Albino”, apenas acabó de pronunciar estas palabras, dió media vuelta repentina. Una voz burlona le interpelaba, saliendo desde las escotillas de la cala.

—Te equivocas, Gars, “El Albino”. Estamos solos... tú y yo.

Y el Pirata Negro, brazos cruzados y apoyado indolentemente contra el caparazón de las escotillas, miró con intenso odio al responsable de la muerte de Jacqueline de Brest.

—¿No me buscabas, Gars? Aquí estoy.

—¿Quién eres tú? No te conozco— dijo Gars, “El Albino”, mansamente, pellizcándose el labio inferior.

—Soy el Pirata Negro.

Capítulo X

"Vengeance"

Gars, "El Albino", siguió pellizcándose el labio inferior. Rió infantilmente, aplicándose una mano en la garganta.

—Sí que te buscaba, Pirata Negro. Pero era en tierra donde tú estabas. ¿Qué haces a bordo?

El Pirata Negro avanzó unos pasos hasta que estuvo a la distancia de un largo de brazo del corsario.

—Yo era uno de los aztecas que debía conducirte donde se hallaba el que tú buscabas. Pero te he evitado camino. Ahora escúchame: tienes una expresión de inocencia extraña y quiero que comprendas los motivos por los que voy a matarte.

Gars, "El Albino", siguió riendo infantilmente, aunque sus rasgos faciales estaban crispados por una mueca de dolor.

Garce empezó a sollozar silenciosamente atada al mástil. Jan Bart tenía los labios ensangrentados de las dentelladas de furor que él mismo se había prodigado.

Comprendía que por la locura de su. jefe era por lo que estaba atado, y comprendía también que era por la locura de su jefe que el odiado Pirata Negro iba a matarlo.

—Escucha, Gars. Yo no sé si tú sabes lo que es amor, cariño, pasión pura... Sentimientos que más vale que los hayas ignorado, porque así no habrás sufrido lo que yo sufrí. Amé a una mujer con toda la fuerza de mi sed de ternura. Esa mujer habría sido mi rescate a la vida, de pirata...

Y tú, a esa mujer, le ofreciste a elegir entre llevarla al verdugo o llevarla a la infamia de tu camarote.

—Jacqueline... Jacqueline de Brest —balbució el demente, sonriendo.

—Su nombre se mancha al contacto de tus labios de albino delator. Si la hubieras delatado habrías cumplido con tu deber, corsario. Al fin y al cabo, ella era una pirata. Pero tu insana pasión la hizo morir. Se envenenó huyendo para siempre de mí. Y ahora, albino, he venido a que se realice el nombre de tu carabela. "Vengeance" pusiste por nombre a tu carabela. Eso es: venganza.

El índice del Pirata Negro se apoyó en el pecho del albino, que seguía inmóvil.

—¿Qué haces que no me atacas ya, Gars? Hazlo pronto, porque no sabes los esfuerzos que llevo a cabo para no matarte a dentelladas. No sé qué muerte te daré. He pensado miles de muertes a cual peor y todas me parecen benévolas. Escúchame, albino. Ninguno de tus hombres tenía la viruela negra. Todos estaban tan sanos como manzanas. ¿Vomitaron negruras? ¿Había en sus pieles manchones pardos y rojos? El azteca que subió a bordo conmigo se llama Juanón. Es muy curioso, y, seguramente, agazapado en algún rincón, nos está oyendo. En su cofre que muy prudentemente Jan Bart registró habían sólo hierbajos. Hierbas de las montañas panameñas. De ahí soy mestizo y oriundo, ¿sabes, Gars? Y crece en las laderas del Chumberal una hierba insignificante, que cocida con agua da vómitos negros y tizna la piel con todas las características de la viruela negra. Le bastó a Juanón irlas tirando en las ollas donde se cocinaba el yantar de tus hombres. Y ríete ahora, Gars, si puedes. Tus hombres se mataron entre sí; tus hombres se lanzaron al agua; tus hombres huyeron de la peste... y estaban sanos, ¿me oyes, delator?.. ¡Sanos!... ¿Me oyes, asesino de mujeres?

Y el Pirata Negro estalló en fuertes carcajadas de burla y odio.

Gars, "El Albino", contrajo la frente en esfuerzo que su mente desquiciada le negó... y rió a carcajadas, acompañando a su enemigo que ya no reconocía.

Enserecióse repentinamente el Pirata Negro, y desenvainando su sable lo aplicó contra el pecho del corsario.

—Se acabó la risa, albino. Ahora quiero tu sangre, pero gota a gota, muy lentamente.

Gars, "El Albino", sonrió mirando la punta del sable que se apoyaba sobre su pecho.

—Los delatores siempre sois cobardes, albino. Pero me habían dicho que eras un excelente luchador. Vas a demostrármelo. ¡Al aire

tu sable!

Gars, “El Albino”, siguió inmóvil. El Pirata Negro presionó con el sable, y una gota de sangre perló en el pecho del corsario, atravesando su camisa blanca.

—Pero, ¿tan cobarde eres, albino? Solos estamos... ¿Prefieres el hacha? Yo también. Te descuartizaré con mayor placer.

El Pirata Negro asió de la borda dos pesadas hachas. Entregó una a Gars, “El Albino”, que la sopesó pensativamente.

—Primero cortaré tu brazo derecho, Gars; el brazo que no supo destocar tu bicornio ante ella. Después tu mano izquierda, que osó tocar la suya, y cuando sólo seas un tronco humano, te colgaré del cuello de lo alto del palo de mesana. ¡Ataca ya, maldito seas!

Y furioso, el Pirata Negro levantó su hacha, que quedó clavada en cubierta ante los pies de Gars, “El Albino”. Era provocarlo concediéndole una ventaja, pero Gars, “El Albino”, siguió sonriente, balbuciendo palabras incoherentes.

El hacha que sostenía el albino cayó de sus manos. El Pirata Negro asestó una recia puñada en el pecho de Gars, “El Albino”, que retrocedió tambaleándose.

—¡Cobarde!— gritó Jan Bart—. ¡Estás pegando a un loco! ¿O es que estás ciego? ¡Si quieres sangre yo tengo sobras de ella para darte!

El Pirata Negro pasóse la mano por el rostro, crispando las mandíbulas. Ya le había extrañado la actitud pasiva del feroz corsario, que podía ser un asesino y un delator, pero era considerado en todo el Caribe domo prototipo del hombre sin escrúpulos y el primero en inspirar valentía con la suya a sus corsarios.

El reto de Jan Bart aclaró al Pirata Negro el enigma de la risa infantil de Gars, “El Albino”. Aproximóse al corsario y lo cogió de los hombros, sacudiéndolo reciamente.

—¡Soy el Pirata Negro, albino! ¿Me oyes? ¡Soy el hombre que ella amaba! ¡Y ella prefirió matarse a ser tuya! ¡Por mí! ¿Me oyes?

Gars, “El Albino”, dejóse caer sobre cubierta. Recogió del suelo su bicornio y acercando la boca a los dorados galones musitó:

—Se fueron todos... Huyeron... Mi carabela se estrellará contra las rocas... pero nadie, nadie sabrá que no supe ser un jefe...

—¡Déjalo! — gritó de nuevo Jan Bart, el bretón—. ¡Es un loco!

—¿Qué me importa?—susurró el Pirata Negro—. El mató a mi Jacqueline. Debe morir... pero, ¡voto al diabla!, ¿no pudo enloquecer después de que yo lo sangrara?

La carabela, sin rumbo ni dirección, acercábase ya a la costa, que distaba escasamente diez millas. El Pirata Negro asió con la diestra la barbilla de Gars, "El Albino"; su zurda le propinó un sonoro bofetón. La cabeza del demente se bamboleó...

—¡Cobarde!—gritó Garce, hablando por vez primera entre sollozos—¡Te mataré por lo que acabas de hacer!

El Pirata Negro soltó el rostro del loco e hizo una leve reverencia ante la albina, que destellantes de odio sus pupilas rojas, le miraba con furia maligna.

—He oído decir a los corsarios que sois hermana de Gars, señora. Acabo de cometer el primer gesto cobarde, al parecer, de toda mi vida. He abofeteado a un hombre que no puede defenderse porque su razón ha huido. Lo he abofeteado porque mató mi amor. Pero yo no puedo matarlo a él... así. Podría colgarlo del palo mayor de su "Vengeance", pero sería triste venganza, señora. No me saciaría. ¿Queréis a vuestro hermano, señora?

—Como tú... a nadie has querido— exclamó ella enfurecida.

—Aserto ese muy gratuito, señora. Pero no importa lo que vos de mí opináis. De rodillas' pediría que recuperase la razón... Si mi súplica es oída, Gars, "El Albino", volverá a ser un hombre entero. Y entonces, ¡entonces volveré para matarlo! Ahora voy a quitaros vuestras ligaduras. Tendréis tiempo de liberar a ese bravo bretón que me retó. Y desoí el reto porque contra él nada tengo.

El Pirata Negro, ante el asombro de Jan Bart, procedió a desatar a Garce. Mientras deshacía los nudos que inmovilizaban a la albina, Carlos Lezama sonrió amargamente

—Triste ironía la del destino, señora. Vuestro hermano enloqueció antes de tiempo. Quizá es suficiente castigo, pero a mí no me basta. Si recupera la razón, decidle que yo le he abofeteado y decidle que sólo viviré de ahora en adelante pensando en que vuelva a ser un hombre para poderlo matar. Siento hablaros así porque sois su hermana, pero fué demasiado el daño que él me hizo para que me contente matar a un infeliz loco.

Una vez hubo desatado a la albina, volvióle la espalda Carlos Lezama, disponiéndose a llamar a Juanón, que como había bien

adivinado estaba agazapado cerca de la escotilla de cubierta.

Juanón se levantó de pronto, agitando los brazos alarmado.

—¡Cuidado, señor! ¡Ella!

Volvióse Lezama justo, a tiempo, para saltar de costado. Garce perdió el equilibrio al no hallar contacto el puñal que fieramente había tratado de hundir en la espalda del Pirata Negro.

El puñal cayó al suelo y el Pirata Negro enlazó por la cintura a la hermana de Gars, "El Albino", ayudándola a incorporarse. La mantuvo suave, pero firmemente, contra sí en estrecho abrazo.

—Poco tino tuvisteis, señora. Aunque quizá deba al bribón de mi hombre el que no me acertarais. ¡Juanón! Recoge ese puñal, bellaco. No quiero que la señora repita su intento. Si su hermano sigue en vida, porque así lo he querido, justo es que yo siga en vida porque así lo quiero. Perdonad, señora, si os debo advertir que en vez de perder inútilmente el tiempo en intentar matarme, liberéis a Jan Bart. La costa está ya muy cerca y la carabela corre peligro de estrellarse.

Separóse ella bruscamente y fué a intentar incorporar a su hermano que seguía en el suelo, hablando con su bicornio.

Pero Jan Bart no había perdido la cabeza,

—¡A mí, Garce!—gritó—. Tiempo tendrás después de auxiliar a Gars.

El Pirata Negro señaló a Juanón la próxima costa.

—A tierra, Juanón. Nada nos queda ya por hacer a bordo de la "Vengeance". Un bravo, un loco y su hermana... no pueden ser enemigos para mí. ¡Al agua!

Desde la alta, borda, dió el ejemplo el Pirata Negro, lanzándose en recta zambullida a las olas. No quiso volver a mirar al hombre que había enloquecido, quitándole el placer de vengarse por su propia mano.

En enérgicas brazadas fué alejándose de la carabela, seguido por Juanón. A bordo de la abandonada carabela, Jan Bart, ya liberado, corría hacia los calabrotes del ancla.

Y con estrepitoso mugir se hundió el ancla en las aguas... La "Vengeance" habíase salvado.

Garce sollozaba, manteniendo sobre sus rodillas la cabeza de su hermano, que sonreía infantilmente. Y sollozó ella más fuertemente cuando él, extrañado, preguntó a Jan Bart:



Instalóse cómodamente sin perder...

—¿Por qué llora esa mujer, Jan? ¿Quién es?

* * *

Internándose en la selva, el Pirata Negro reía silenciosamente. Pero en su risa no había la menor sombra de alegría.

Juanón, chorreante, le seguía, completamente desconcertado. Cuanto "él" hacía, bien hecho estaba. Pero correr tantos riesgos... tiznarse como vulgares salvajes... y luego...

—Me olvidé de darte las gracias, Juanón. Si no me llegas a advertir con tiempo, creo que la carabela hubiera sido mi definitiva tumba.

—¡La desagradecida!—exclamó Juanón escandalizado—. Tú, con tu generosidad, que... perdona, que a veces no entiendo, dejas vivo al corsario y ella aun quería matarte. ¡Si me dejas yo...!

—Hay muchas cosas que tú no podrás nunca entender, Juanón, porque eres un bellaco con mucho sentido común. ¿Te gusta el puñal que recogiste?

—Mucho, señor. La empuñadura es oro macizo y lleva piedras engastadas. Vale buenas onzas.

—Premio a lo bien que supiste ser un digno azteca. Y ahora, quédate en la selva, Juanón. Vigila cuanto ocurra a bordo de la carabela. Y si pueden zarpar, tendrán que recoger primero recluta

en la costa. Yo regreso al “Aquilón”, y allí vendrás a comunicarme cuantos acontecimientos ocurran en la “Vengeance”. Te mandaré unos cuantos compañeros para que te ayuden en tu labor de espía. Por suerte, han anclado cerca de la rada donde está mi velero. Y si Gars, “El Albino”, recupera la razón, volverá a encontrarme frente a él. Hasta pronto, Juanón.

El pirata del rostro mofletudo y colorado, quedóse solo en la selva. Oculto entre el ramaje perdida claramente la lejana silueta majestuosa de la carabela.

Instalóse confortablemente y sin perder de vista a la anclada “Vengeance” meditó. Media hora después, su rostro se iluminó, había comprendido.

—¡Ya está! Sé por qué les perdonó la vida. Sufre “él” de ese mal que yo no tengo.

Y Juanón, golpeándose muy convencido el pecho, añadió:

—Tiene eso que llaman corazón.

FIN

Notas

[1] Ver: “Brazo de hierro“. <<

[2] Ver: Brazo de hierro. < <

[3] Ver: “La espada justiciera'. < <

[4] Ver «La Bella Corsaria». < <

[5] Ver «Brazo de hierro». <<

[6] Ver «La Bella Corsaria. < <